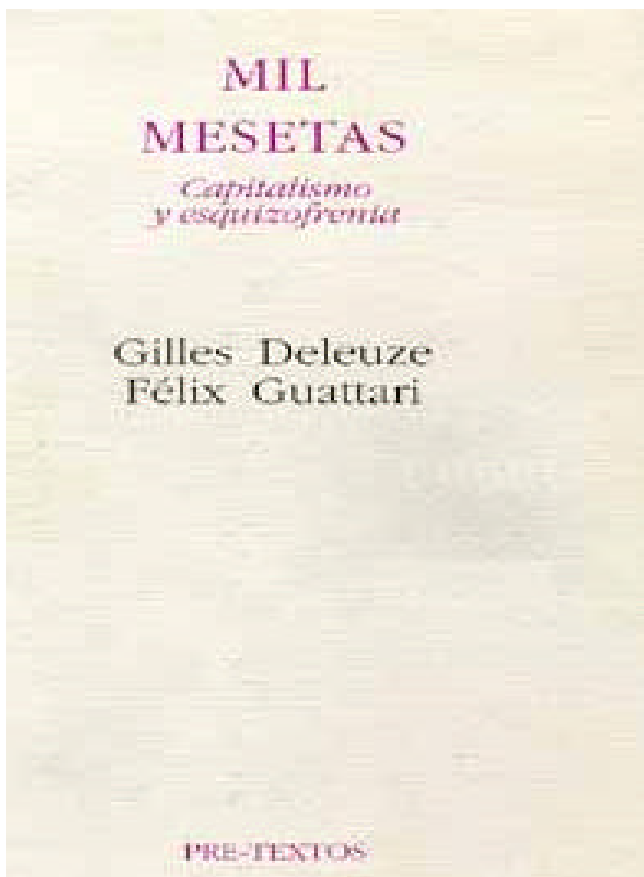


# MIL MESETAS

## Capitalismo y esquizofrenia

Gilles Deleuze  
Félix Guattari



Editorial PRE-TEXTOS

Valencia, 1994

Título en francés: *Mil plateaux  
(capitalisme et schizophrénie)*

Traducción de José Vázquez Pérez, con la  
colaboración de Umbelina Larraceleta

Este material se utiliza con fines  
exclusivamente didácticos

---

## ÍNDICE

<b>Prefacio</b> .....	8
<b>1. Introducción: Rizoma</b> .....	9
<b>2. 1914 – ¿Uno solo o varios lobos?</b> .....	33
<b>3. 10.000 a J.C. – La geología de la moral</b> .....	47
<b>4. 20 noviembre 1923 – Postulados de la lingüística</b> .....	81
<b>5. 587 a J.C. – Sobre algunos regímenes de signos</b> .....	117
<b>6. 28 noviembre 1947 – ¿Cómo hacerse un cuerpo sin órganos?</b> .....	155
<b>7. Año cero – Rostridad</b> .....	173
<b>8. 1874 – Tres novelas cortas o “¿qué ha pasado?”</b> .....	197
<b>9. 1933 – Micropolítica y segmentaridad</b> .....	213
<b>10. 1730 – Devenir-intenso, devenir-animal, devenir-imperceptible</b> .....	239
<b>11. 1837 – Del Ritornelo</b> .....	317
<b>12. 1227 – Tratado de Nomadología: la máquina de guerra</b> .....	359
<b>13. 7.000 a. J.C. – Aparato de captura</b> .....	433
<b>14. 1440 – Lo liso y lo estriado</b> .....	483
<b>15. Conclusión reglas concretas y máquinas abstractas</b> .....	511
<b>Índice de reproducciones</b> .....	523

---

## 4. 20 DE NOVIEMBRE 1923 POSTULADOS DE LA LINGÜÍSTICA

### Agenciamiento de la consigna

#### I. El lenguaje sería informativo y comunicativo

La maestra no se informa cuando pregunta a un alumno, ni tampoco informa cuando enseña una regla de gramática o de cálculo. “Ensigna”, da órdenes, manda. Los mandatos del profesor no son exteriores a los que nos enseña, y no lo refuerzan. No derivan de significaciones primordiales, no son la consecuencia de informaciones: la orden siempre está basada en órdenes, por eso es redundancia. La máquina de enseñanza obligatoria no comunica informaciones, sino que impone al niño coordenadas semióticas con todas las bases duales de la gramática (masculino-femenino, singular-plural, sustantivo-verbo, sujeto de enunciado-sujeto de enunciación, etc.). La unidad elemental del lenguaje –el enunciado– es la consigna. Más que el sentido común, facultad que centralizaría las informaciones, hay que definir la abominable facultad que consiste en emitir, recibir y transmitir las consignas. El lenguaje ni siquiera está hecho para que se crea en él, sino para obedecer y hacer que se obedezca. “La baronesa no tiene la menor intención de convencerme de su buena fe, simplemente me indica aquello que le gustaría verme admitir, aunque sólo sea aparentemente”<sup>1</sup>. Esto se constata con toda claridad en los comunicados de la policía o del gobierno, que se preocupan muy poco de la credibilidad o de la veracidad, pero que dicen muy claro lo que debe ser observado y retenido. La indiferencia de los comunicados por cualquier tipo de credibilidad raya a menudo en la provocación. Prueba evidente de que se trata de otra cosa. No nos engañemos...: el lenguaje no pide más. Spengler señala que las formas fundamentales, de la palabra no son el enunciado de un juicio ni la expresión de un sentimiento, sino “el mandato, la prueba de obediencia, la aserción, la pregunta, la afirmación o la negación”, frases muy breves que mandan a la vida, y que son inseparables de las empresas o de los grandes trabajos. “¿Listo?”, “Adelante”<sup>2</sup>. Las palabras no son herramientas, pero a los niños se les da lenguaje, plumas y cuadernos, como se dan palas y picos a los obreros. Una regla de gramática es un marcador de poder antes de ser un marcador sintáctico. La orden no está relacionada con significaciones previas, ni con una organización previa de unidades distintivas. Es justo lo contrario. La información tan sólo es el mínimo estrictamente necesario para la emisión, transmisión y observación de órdenes en tanto que mandatos. Hay que estar muy bien informado para no confundir ¡*Al fuego!* con ¡*Al juego!*, o para evitar la enojosa situación del profesor y del alumno según Lewis Carroll, (el profesor lanza una pregunta desde lo alto de la escalera, que es transmitida por unos criados que la deforman en cada piso, mientras que el alumno abajo en el patio devuelve una respuesta, que a su vez será deformada en cada etapa de vuelta). El lenguaje no es la vida, el lenguaje da órdenes a la vida; la vida no habla, la vida escucha y espera.<sup>3</sup> En toda consigna, aunque, sea de padre a hijo, hay una pequeña sentencia de muerte –un Veredicto–, decía Kafka.

Lo difícil es precisar el estatuto y la extensión de la consigna. No se trata de un origen del lenguaje, puesto que la consigna sólo es una función-lenguaje, una función coextensiva al lenguaje. Si el lenguaje siempre parece presuponer el lenguaje, si no se puede fijar un punto de partida no lingüístico es precisamente porque el lenguaje no se establece entre algo visto (o percibido) y algo dicho, sino que va siempre de algo dicho a algo que se dice. En ese sentido, no creemos que el relato consista en comunicar lo que se ha visto, sino en transmitir lo que se ha oído, lo que otro os ha dicho. Rumor. Ni siquiera basta con invocar una visión deformante procedente de a pasión. El “primer” lenguaje, o más bien la primera determinación que satisface el lenguaje, no es el tropo o la metáfora, es el *discurso indirecto*. La importancia que se ha querido dar a la metáfora, o a la metonimia,

---

<sup>1</sup> GEORGES DARIEN, *L'épaulette*, 10-18, pág. 435. O bien ZOLA, *La bête humaine*, Gallimard, pág. 188 (trad. cast., ed. Bruguera): “Y decía eso, no para convencerle, sino únicamente para advertirle que ella debía de ser inocente a los ojos de los demás”. Este tipo de frase nos parece mucho más característica de la novela general que la frase informativa “la marquesa salió a las cinco”.

<sup>2</sup> SPENGLER, *L'homme et la technique*, Gallimard, Idées, pág. 103 (trad. cast., ed. Espasa Calpe, col. Austral).

<sup>3</sup> BRICE PARAIN, *Sur la dialectique*, Gallimard. Parain desarrolla una teoría de la “suposición” o del presupuesto en el lenguaje, en relación con esas órdenes dadas a la vida; pero en ello ve más de un deber, en el sentido moral, que un poder, en el sentido político.

resulta ruinoso para el estudio del lenguaje. Metáforas y metonimias sólo son efectos, que únicamente pertenecen al lenguaje si y a presuponen el discurso indirecto. Hay muchas pasiones en una pasión, y todo tipo de voces en una voz, todo un rumor, glosolalia: por eso todo discurso es indirecto, y la translación propia del lenguaje es el discurso indirecto.<sup>4</sup> Benveniste niega que la abeja tenga un lenguaje, aunque disponga de una codificación orgánica, e *incluso utilice tropos*. La abeja no tiene lenguaje, porque aunque es capaz de comunicar lo que ha visto, es incapaz de transmitirlo que le han comunicado. La abeja que ha percibido un botín puede comunicar el mensaje a las que no lo han percibido; pero la que no lo ha percibido no puede transmitirlo a otras que tampoco lo hayan percibido.<sup>5</sup> El lenguaje no se contenta con ir de un primero a un segundo, de alguien que ha visto a alguien que no ha visto, sino que va necesariamente de un segundo a un tercero, ninguno de los cuales ha visto. En ese sentido, el lenguaje es transmisión de palabra que funciona como consigna, y no comunicación de un signo como información. El lenguaje es un mapa, no un calco. Pero, ¿en qué la consigna es una función coextensiva al lenguaje, cuando la orden, el mandato, parece remitir a un tipo de proposiciones explícitas marcadas por el imperativo?

Las célebres tesis de Austin muestran claramente que, entre la acción y la palabra, no sólo hay diversas relaciones extrínsecas tales que un enunciado puede describir una acción en un modo indicativo o bien provocarla en un modo imperativo, etc. También hay relaciones intrínsecas entre la palabra y ciertas acciones que se realizan al decir-*las* (el performativo: juro al decir “lo juro”), y más generalmente entre la palabra y ciertas acciones que se realizan al hablar (el ilocutorio interrogativo al decir “*est-ce que...?*”, prometo al decir “te amo...”, ordeno al emplear el imperativo..., etc.). A estos actos internos a la palabra, a estas relaciones inmanentes de los enunciados con los actos, se les ha denominado *presupuestos implícitos o no discursivos*, para diferenciarlos de las suposiciones siempre explicitables bajo las cuales un enunciado remite a otros enunciados, o bien a una acción extrema (Ducrot). La aparición del campo performativo, y del campo más amplio del ilocutorio, tenía ya tres importantes consecuencias: 1) La imposibilidad de concebir el lenguaje como un código, puesto que el código es la condición que hace posible una explicación; y la imposibilidad de concebir la palabra como la comunicación de una información; ordenar, interrogar, prometer, afirmar no es informar de un mandato, de una duda, de un compromiso, de una aserción, sino efectuar esos actos específicos inmanentes, necesariamente implícitos. 2) La imposibilidad de definir una semántica, una sintáctica o incluso una fonemática, como zonas científicas del lenguaje que serían independientes de la *pragmática*; la pragmática deja de ser un “basurero”, las determinaciones pragmáticas dejan de estar sometidas a la alternativa: o bien recaer fuera del lenguaje, o bien responder a condiciones explícitas bajo las cuales son sintactizadas y semantizadas; la pragmática deviene, por el contrario, el presupuesto de todas las otras dimensiones, y se insinúa por todas partes. 3) La imposibilidad de mantener la distinción lengua-palabra, puesto que a palabra ya no puede definirse por la simple utilización individual y extrínseca de una significación primordial, o la aplicación variable de una sintaxis previa: al contrario, el sentido y la sintaxis de la lengua no es posible definirlos independientemente de los actos de palabra que ella presupone<sup>6</sup>.

Bien es verdad que todavía no se ve con claridad cómo se pueden convertir los actos de palabra o presupuestos implícitos en una función coextensiva al lenguaje. Pero todavía se ve menos claro si partimos del performativo (lo que se hace al decir-”lo”) para llegar por extensión hasta el ilocutorio (lo que se hace al hablar).

---

<sup>4</sup> Hay sobre todo dos autores que han puesto de manifiesto la importancia del discurso indirecto, especialmente en su forma llamada “libre”, desde el punto de vista de una teoría de la enunciación que desborda las categorías lingüísticas tradicionales: MICKHAEL BAKHTINE (para el ruso, el alemán y el francés), *Le marxisme et la philosophie du langage*, ed. de Minuit, III parte; P. P. PASOLINI (para el italiano), *L'expérience hérétique*, Payot, I parte. Nosotros utilizamos también un estudio inédito de J.-P. Bamberger sobre “Les formes du discours indirect dans le cinéma, muet et parlant”.

<sup>5</sup> EMILE BENVENISTE, *Problèmes de linguistique générale*, Gallimard, (trad. cast., ed. Siglo XXI), pág. 61. “No se ha constatado que una abeja vaya por ejemplo a llevar a otra colmena el mensaje que ha recibido en la suya, lo que suponía una forma de transmisión o de relevo.”

<sup>6</sup> WILLIAM LABOV ha mostrado perfectamente la contradicción, o al menos la paradoja a la que se veía abocada la distinción lengua-palabra: se define la lengua como “la parte social” del lenguaje, se remite la palabra a las variaciones individuales; pero, al estar la parte social cerrada sobre sí misma, resulta necesariamente que un único individuo testimoniará por derecho de la lengua, independientemente de toda circunstancia exterior, mientras que la palabra sólo se descubrirá en un contexto social. De Saussure a Chomsky se da la misma paradoja: “el aspecto social del lenguaje es posible estudiarlo en la intimidad de un despacho, mientras que su aspecto individual exige una investigación en el seno de la comunidad” (*Sociolinguistique*, ed. de Minuit, págs. 259 s. 361 s.).

Pues siempre se puede impedir esa extensión, bloquear el performativo sobre sí mismo, explicándolo por caracteres semánticos y sintácticos particulares que evitan el tener que recurrir a una pragmática generalizada. Así, según Benveniste, el Performativo no remite a actos, sino, por el contrario, a la propiedad de términos *sui-referenciales* (los verdaderos pronombres Personales, YO, TU... definidos como *embrayeurs*: como consecuencia, una estructura de subjetividad, de previa intersubjetividad en el lenguaje, explica suficientemente los actos de palabra en lugar de presuponerlos<sup>7</sup>. El lenguaje es, pues, definido aquí como comunicativo más bien que como informativo, y esa intersubjetividad, esa subjetivación propiamente lingüística mejor que la información ideal. Oswald Ducrot ha desarrollado las razones que le llevan a invertir el esquema de Benveniste: no es el fenómeno de sui-referencia el que puede explicar el performativo, es justo lo contrario, la sui-referencia se explica “por el hecho de que ciertos enunciados están socialmente consagrados a la ejecución de ciertas acciones”. El performativo se explica, pues, por el ilocutorio, y no a la inversa. Es el ilocutorio el que constituye los presupuestos implícitos o no discursivos. Y el ilocutorio se explica a su vez por agenciamientos colectivos de enunciación, por actos jurídicos, equivalentes de actos jurídicos, que distribuyen los procesos de subjetivación o las asignaciones de sujetos en la lengua, pero que de ningún modo dependen de ellos. La comunicación es mejor concepto que la información, la intersubjetividad no es más válida que la significancia para explicar esos agenciamientos “enunciados-actos” que miden en cada lengua el papel y la proporción de morfemas subjetivos<sup>8</sup>. (Más adelante veremos que el análisis del discurso indirecto confirma este punto de vista, puesto que en él las subjetivaciones no son primeras, sino que derivan de un agenciamiento complejo).

Nosotros llamamos *consignas*, no a una categoría particular de enunciados explícitos (por ejemplo al imperativo), sino a la relación de cualquier palabra o enunciado con presupuestos implícitos, es decir, con actos de palabra que se realizan en el enunciado, y que sólo pueden realizarse en él. Las consignas no remiten, pues, únicamente a mandatos, sino a todos los actos que están ligados a enunciados por una “obligación social”. Y no hay enunciado que, directa o indirectamente, no presente este vínculo. Una pregunta, una promesa, son consignas. El lenguaje sólo puede definirse por el conjunto de consignas, presupuestos implícitos o actos de palabra, que están en curso en una lengua en un momento determinado.

Entre el enunciado y el bien de redundancia. La consigna es en sí misma *redundancia*. La consigna es en sí misma redundancia del acto y del enunciado. Los periódicos, las noticias, proceden por redundancia, en la medida en que nos dicen lo que “hay” que pensar, retener, esperar, etc. El lenguaje no es informativo ni comunicativo, no es comunicación de información, sino algo muy distinto, transmisión de consignas, bien de un enunciado a otro, bien en el interior de cada enunciado, en la medida en que un enunciado realiza un acto y que el acto se realiza en el enunciado. El esquema más general de la informática plantea en principio una información máxima ideal, y convierte a la redundancia en una simple condición limitativa que disminuye ese máximo teórico para impedir que sea tapado por el ruido. Nosotros decimos, por el contrario, que lo primero es la redundancia de la consigna, y que la información sólo es la condición mínima para la transmisión de las consignas (por eso no cabe oponer el ruido a la información, sino más bien todas las indisciplinas que trabajan el lenguaje a la consigna como disciplina o “gramaticalidad”). La redundancia tiene dos formas, *frecuencia* y *resonancia*, la primera concierne a la significancia de la información, la segunda (YO=YO) concierne a la subjetividad de la comunicación. Pero lo que así se pone de manifiesto es la subordinación de la información y de la comunicación, es más, de la significancia y de la subjetividad, respecto a la redundancia. Se llega a separar la información de la comunicación; se llega a distinguir entre una significación abstracta de la información y una subjetivación abstracta de la comunicación. Pero ninguna de esas distinciones nos proporciona una forma primaria o implícita del lenguaje. No hay significancia independiente de las significaciones dominantes, no hay subjetivación independiente de un orden establecido de sujeción. Ambas dependen de la naturaleza y de la transmisión de consignas en un campo social determinado.

---

<sup>7</sup> BENVENISTE, *Problèmes de linguistique générale* (V parte): sobre la eliminación del ilocutorio, cf. pág. 274 s.

<sup>8</sup> OSWALD DUCROT, *Dire et ne pas aire*, Hermann, págs. 70-80 (trad. cast., ed. Anagrama) (y “De Saussure à la philosophie du langage”, prefacio a los *Actes de langage*, J. R. Searle, Hermann). Ducrot critica las nociones de información y de código, de comunicación y de subjetividad lingüísticas. Elabora una teoría de la “presuposición lingüística”, o de lo implícito no discursivo por oposición a lo implícito discursivo, concluye que todavía se refiere a un código. Construye una pragmática que afecta a toda la lingüística, y tiende hacia un estudio de los agenciamientos de comunicación, considerados desde el punto de vista “jurídico”, “polémico” o “político”.

No hay enunciación individual, ni siquiera sujeto de enunciación. Sin embargo, hay relativamente pocos lingüistas que hayan analizado el carácter necesariamente social de la enunciación<sup>9</sup>. Pues ese carácter no basta por sí solo, y corre el riesgo de ser todavía extrínseco: así pues, se dice demasiado de él, o demasiado poco. El carácter social de la enunciación sólo está intrínsecamente fundado si se llega a demostrar cómo la enunciación remite de por sí a *agenciamientos colectivos*. Vemos, pues, claramente que sólo hay individuación del enunciado, y subjetivación de la enunciación, en la medida en que el agenciamiento colectivo impersonal lo exige y lo determina. Ese es precisamente el valor ejemplar del discurso indirecto, y *sobre todo del discurso indirecto "libre"*: no hay límites distintivos claros, no hay fundamentalmente inserción de enunciados diferentemente individualizados, ni acoplamiento de sujetos de enunciación diversos, sino un agenciamiento colectivo que va a determinar como su consecuencia los procesos relativos de subjetivación, las asignaciones de individualidad y sus distribuciones cambiantes en el discurso. No es la distinción de los sujetos la que explica el discurso indirecto, es el agenciamiento, tal como aparece libremente en ese discurso, el que explica todas las voces presentes en una voz, los gritos de muchachas en un monólogo de Charlus, las lenguas en una lengua, las consignas en una palabra. El asesino americano *Son of Sam* mataba bajo el impulso de una voz ancestral, pero que pasaba por la voz de un perro. La noción de agenciamiento colectivo de enunciación deviene así fundamental, puesto que debe dar cuenta del carácter social. Ahora bien, nosotros podemos sin duda definir el agenciamiento colectivo por el complejo redundante del acto y del enunciado que lo realiza necesariamente. Pero esa sigue siendo una definición nominal; y así ni siquiera estamos en condiciones de justificar nuestra posición precedente según la cual la redundancia no se reduce a una simple identidad (o según la cual no hay simple identidad entre el enunciado y el acto). Si queremos pasar a una definición real del agenciamiento colectivo habrá que preguntarse en qué consisten los actos inmanentes al lenguaje, que hacen redundancia con los enunciados, o crean consignas.

Diríase que esos actos se definen por el conjunto de las *transformaciones incorporales* que tienen lugar en una sociedad determinada, y que se *atribuyen* a los cuerpos de esa sociedad. Podemos dar a la palabra "cuerpo" el sentido más general (hay cuerpos morales, las almas son cuerpos, etc.); no obstante, debemos distinguir las acciones y pasiones que afectan a esos cuerpos, y los actos, que sólo, son en ellos atributos no corporales, o que son lo "expresado" (*l'exprimé*) de un enunciado. Cuando Ducrot se pregunta en qué consiste un acto, llega precisamente al ejemplo la sentencia del magistrado, que transforma un acusado en condenado. En efecto, lo que sucede antes, el crimen del que se acusa a alguien, y lo que sucede después, la ejecución de la pena del condenado, son acciones-pasiones que afectan a cuerpos (cuerpo de la propiedad, cuerpo de la víctima, cuerpo del condenado, cuerpo de la prisión); pero la transformación del acusado en condenado es un puro acto instantáneo o un atributo incorporeal, que es el expresado en la sentencia del magistrado<sup>10</sup>. La paz y la guerra son estados o mezclas de cuerpos muy diferentes; pero el decreto de movilización general expresa una transformación incorporeal e instantánea de los cuerpos. Los cuerpos tienen una edad, una madurez, un envejecimiento; pero la mayoría de edad, la jubilación, tal categoría de edad, son transformaciones incorporales que se atribuyen inmediatamente a los cuerpos, en tal o cual sociedad. "Ya no eres un niño...": este enunciado concierne a una transformación incorporeal, incluso si se dice de los cuerpos y se inserta en sus acciones y pasiones. La transformación incorporeal se reconoce en su instantaneidad, en su inmediatez, en la simultaneidad del enunciado que la expresa y del efecto que ella produce; por eso las consignas están estrictamente fechadas, hora, minutos y segundos, y son válidas a partir de ese momento. El amor es una mezcla de cuerpos, que puede ser representado por un corazón atravesado por una flecha, por una unión de las almas, etc.; pero la declaración "te amo" expresa un atributo no corporal de los del amado. Comer pan y beber vino son mezclas de cuerpos; comulgar con Cristo también es una mezcla entre cuerpos propiamente espirituales, no por ello menos "reales". Pero la transformación del cuerpo del pan y del vino en cuerpo y sangre de Cristo es lo puro expresado de un

---

<sup>9</sup> De dos maneras diferentes, Bakhtine y Labov han insistido sobre el carácter social de la enunciación. De esa forma no sólo se oponen al subjetivismo, sino al estructuralismo, en tanto que éste remite el sistema de la lengua a la comprensión de un individuo de derecho, y los factores sociales, a los individuos de hecho en tanto que hablan.

<sup>10</sup> DUCROT, pág. 77: "Calificar una acción de crimen (robo, abuso de confianza, chantaje, etc.) no es, en el sentido que nosotros damos a este término, presentarla como un *acto*, puesto que la situación jurídica de culpabilidad, que define el crimen, se supone que debe derivar de estas o aquellas consecuencias de la actividad descrita: tal actividad es considerada como punible porque perjudica a otro, al orden, a la sociedad, etc. Por el contrario, el enunciado de una sentencia por un magistrado puede ser considerado como un acto jurídico, puesto que ningún efecto viene a intercalarse entre la palabra del magistrado y la transformación del acusado en condenado."

enunciado que se atribuye a los cuerpos. En un secuestro aéreo, la amenaza del pirata que esgrime un arma es evidentemente una acción; y lo mismo ocurre con la ejecución de los rehenes, en el caso de que se produzca. Pero la transformación de pasajeros en rehenes, y del cuerpo-avión en cuerpo-prisión, es una transformación incorporal instantánea, un *mass-media act*, en el sentido en el que los ingleses hablan de *speech-act*. Las consignas o los agenciamientos de enunciación en una sociedad determinada, en resumen, el ilocutorio, designan esa relación instantánea de los enunciados con las transformaciones incorporales o atributos no corporales que ellos expresan.

Resulta sorprendente esa instantaneidad de la consigna, que puede ser proyectada hasta el infinito, situada en el origen de la sociedad: así, en Rousseau, el paso del estado de naturaleza al estado civil es como un salto en el vacío, una transformación incorporal que se hace en el instante Cero. La Historia real cuenta sin duda las acciones y las pasiones de los cuerpos que se desarrollan en un campo social, en cierta manera las comunica; pero también transmite consignas, es decir, actos puros que se intercalan en ese desarrollo. La Historia no se librará jamás de las fechas. Quizá sea la economía, o el análisis financiero, la que mejor muestre la presencia y la instantaneidad de esos actos decisivos en un proceso de conjunto (por eso los enunciados no forman parte realmente de la ideología, sino que actúan ya en el supuesto dominio de la infraestructura). La inflación galopante en Alemania, después de 1918, es un proceso que afecta al cuerpo monetario, y a muchos otros cuerpos; pero el conjunto de las “circunstancias” hace posible de pronto una transformación semiótica que, aunque esté teóricamente ajustada a las variaciones del cuerpo de la tierra y de los activos materiales, no por ello deja de ser un acto puro o una transformación incorporal; el 20 de noviembre 1923...<sup>11</sup>

Los agenciamientos no cesan de variar, de estar ellos mismos sometidos a transformaciones. En primer lugar, hay que hacer intervenir las circunstancias: Benveniste muestra perfectamente que un enunciado performativo no es nada al margen de las circunstancias que hacen que lo sea. Cualquiera puede gritar “decreto la movilización genera”, pero es un acto de infantilismo o de demencia, y no un acto de enunciación, si no hay una variable efectuada que da derecho a enunciar. Y lo mismo puede decirse de “te amo”, que no tiene ni sentido ni sujeto, ni destinatario, al margen de las circunstancias que no se contentan con hacerlo creíble, sino que lo convierten en un verdadero agenciamiento, un marcador de poder, incluso en el caso de un amor desgraciado (también por voluntad de poder se obedece...). Ahora bien, el término general de circunstancias no debe hacernos creer que se trata únicamente de circunstancias externas: “Lo juro” no es lo mismo si se dice en familia, que si se dice en la escuela, en un amor, en el seno de una sociedad secreta, al tribunal: no es lo mismo, pero tampoco es el mismo enunciado; no es la misma situación de cuerpos, pero tampoco es la misma transformación incorporal. La transformación se dice de los cuerpos, pero ella misma es incorporal, interna a la enunciación. Hay variables de *expresión que ponen la lengua en relación con el afuera, pero precisamente porque son inmanentes a la lengua*. Mientras que la lingüística siga hablando de constantes, fonologías, morfológicas o sintácticas, está relacionando el enunciado con un significante y la enunciación con un sujeto, falla así el agenciamiento, remite las circunstancias al exterior, encierra la lengua en sí misma y convierte a la pragmática en un residuo. La pragmática, por el contrario, no apela únicamente a las circunstancias externas: extrae variables de expresión o de enunciación que son para la lengua otras tantas razones internas para no encerrarse en sí misma. Como dice Bakhtine, mientras que la lingüística extraiga constantes, continúa siendo incapaz de hacernos comprender cómo una palabra forma una enunciación completa; hace falta un “elemento suplementario que permanece inaccesible a todas las categorías o determinaciones lingüísticas”, aunque sea totalmente interno

---

<sup>11</sup> J. K. GALBRAITH, *L'argent*, Gallimard, Idées, “L’Inflation finale”, págs. 259 s. (trad. cast., ed. Plaza y Janes): “El telón cayó el 20 de noviembre de 1923. Como para Austria un año antes, el final sobrevino brutalmente. Y al igual que la inflación francesa, de menor amplitud, *se terminó* porque ya no podía continuar. El 20 de noviembre *se decretó* que el viejo *reichsmark* ya no era una moneda. Se instauró una nueva, el *rentenmark*. (...) *Se decretó* que ese nuevo *rentenmark* sería garantizado con una hipoteca sobre el conjunto del suelo y de los demás activos materiales detentados por el Reich. El origen de estas ideas se remonta a los asignados: pero era claramente más *fraudulenta* [Galbraith quiere decir: desterritorializada]. En la Francia de 1789 existían vastas tierras recientemente confiscadas a la Iglesia contra las que la moneda podía ser intercambiada al principio. Pero si un alemán hubiese ejercido un derecho de incautación sobre la propiedad de la tierra, se habría dudado de su salud mental. Y, no obstante, el sistema funcionó. Con la ayuda de las circunstancias (...). Si, después de 1923, el presupuesto alemán hubiese estado sometido a las mismas exigencias que precedentemente (las indemnizaciones y el coste de la resistencia pasiva) nada habría podido salvar el *mark* y su reputación.”

a la teoría de la enunciación o de la lengua<sup>12</sup>. La consigna es precisamente la variable que convierte la palabra como tal en una enunciación. La instantaneidad de la consigna, su inmediatez, le da un poder de variación, en relación con los cuerpos a los que se atribuye la transformación.

La pragmática es una política de la lengua. Un estudio como el de Jean Pierre Faye sobre la constitución de los enunciados nazis en el campo social alemán es ejemplar a este respecto (y no es un mero calco de la constitución de los enunciados fascistas en Italia). Este tipo de investigaciones transformacionales conciernen a la variación de las consignas y de los atributos no corporales que se relacionan con los cuerpos sociales, y que efectúan actos inmanentes. También podría servir como ejemplo, aunque en otras condiciones, la formación de un tipo de enunciados específicamente leninistas en la Rusia soviética, a partir del texto de Lenin titulado “A propósito de las consignas” (1917). Ya era una transformación incorporal la que había extraído de las masas una clase proletaria en tanto que agenciamiento de enunciación, *antes de que* se dieran las condiciones de aparición de un proletariado como cuerpo. Genialidad de la Iª Internacional marxista, que “inventa” un nuevo tipo de clase: ¡proletarios de todos los países, uníos!<sup>13</sup> Pero, rompiendo con los social-demócratas, Lenin todavía inventa o decreta otra transformación incorporal, que extrae de la clase proletaria una vanguardia como agenciamiento de enunciación, y que va a atribuirse al “Partido”, a un nuevo tipo de partido como cuerpo distinto, aun a riesgo de caer en un sistema de redundancia específicamente burocrático. ¿Apuesta leninista, golpe de audacia? Lenin declara que la consigna “Todo el poder a los soviets” sólo era válida entre el 27 de febrero y el 4 de julio, para el desarrollo pacífico de la Revolución, pero ya no vale para el estado de guerra, y el paso de una a otra implicaría precisamente esa transformación que no se contenta con ir de las masas a un proletariado director, sino que va del proletariado a una vanguardia dirigente. El 4 de julio exactamente, se acabó el poder de los Soviets. Se pueden asignar todas las circunstancias externas: no sólo la guerra, sino la insurrección que obliga a Lenin a huir a Finlandia. Pero aún así, el 4 de julio, se anuncia la transformación incorporal, antes de que el cuerpo al que se atribuirá, el Partido, sea organizado. “Toda consigna debe ser deducida de la suma de particularidades de una situación política determinada”. Si se objeta que esas particularidades remiten precisamente a la política y no a la lingüística habría que señalar hasta qué punto la política trabaja la lengua desde dentro, haciendo variar no sólo el léxico, sino también la estructura y todos los elementos de la frase, al mismo tiempo que cambian las consignas. Un tipo de enunciado sólo puede ser evaluado en función de sus implicaciones pragmáticas, es decir, de su relación con presupuestos implícitos, con actos inmanentes o transformaciones incorporales que él expresa, y que van a introducir nuevas divisiones entre los cuerpos. La verdadera intuición no es el juicio de gramaticalidad, sino la evaluación de las variables internas de enunciación relacionadas con el conjunto de las circunstancias.

Hemos ido de los mandatos explícitos a las consignas como presupuestos implícitos; de las consignas a los actos inmanentes o transformaciones incorporales que ellas expresan; luego, a los agenciamientos de enunciación de los que ellos son las variables. Y en la medida en que esas variables entran en relaciones determinables en tal momento, los agenciamientos se reúnen en un *régimen de signos o máquina semiótica*. Pero es evidente que toda sociedad está atravesada por vanas semióticas, posee de hecho regímenes mixtos. Es más, en otro momento surgen nuevas consignas que modifican las variables y que no pertenecen todavía a un régimen conocido. La consigna es, pues, redundancia de varias maneras; no sólo en función de una transmisión que es esencial a ella, sino también en sí misma y desde su emisión, bajo su relación “inmediata” con el acto o la transformación que ella efectúa. Incluso una consigna en ruptura con una semiótica determinada ya es redundancia. Por eso el agenciamiento colectivo de enunciación no tiene otros enunciados que los de un discurso siempre indirecto. El discurso indirecto es la presencia de un enunciado transmitido en el enunciado transmisor, la presencia de una consigna en la palabra. El discurso indirecto abarca a la totalidad del lenguaje. Lejos de que el discurso indirecto suponga un discurso directo, es éste el que se extrae de aquél, en la medida en que las operaciones de significancia y los procesos de subjetivación en un agenciamiento están distribuidos, atribuidos, asignados, o que las variables del agenciamiento entran en relaciones constantes, por muy provisionales que sean. El discurso directo es un fragmento de una masa separada, y nace del desmembramiento del agenciamiento

---

<sup>12</sup> BAKHTINE, págs. 156-157. Y sobre las relaciones de fuerza simbólica” en tanto que variables internas a la enunciación, cf. P. BOURDIEU, “L’*économie des échanges linguistiques*”, en *Linguistique et socio-linguistique, Langue française*, mayo 1977, Larousse, págs. 18-21.

<sup>13</sup> La misma noción de clase proletaria está sometida a la pregunta: ¿existe ya el proletariado en tal momento, y como cuerpo? (o bien, ¿todavía existe?). Vemos como los marxistas hacen uso anticipatorio de ella, cuando hablan, por ejemplo, de un “proletariado embrionario”.



colectivo; pero éste siempre es como el rumor de donde extraigo mi nombre propio, el conjunto de voces concordantes o no de donde saco mi voz. Siempre dependo de un agenciamiento de enunciación molecular, que no está dado en mi conciencia, que tampoco depende únicamente de mis determinaciones sociales aparentes, y que reúne muchos regímenes de signos heterogéneos. Glosolalia. Escribir quizá sea sacar a la luz ese agenciamiento del inconsciente. Seleccionar las voces susurrantes, convocar las tribus y los idiomas secretos de los que extraigo algo que llamo Yo. YO es una consigna. Un esquizofrénico declara: “he oído unas veces decir: es consciente de la vida”<sup>14</sup>. En ese sentido, puede perfectamente hablarse de un cógito esquizofrénico, pero que convierte la conciencia de sí en la transformación incorporal de una consigna o en el resultado de un discurso indirecto. Mi discurso directo sigue siendo el discurso indirecto libre que me atraviesa de parte a parte, y que viene de otros mundos o de otros planetas. Por eso tantos artistas y escritores se sintieron tentados por las sesiones de espiritismo. De ahí que cuando se plantea la pregunta de cuál es la facultad específica de la consigna no queda más remedio que reconocerle extrañas propiedades: una especie de instantaneidad en la emisión, la percepción y la transmisión de las consignas; una gran variabilidad, y una capacidad de olvido que hace que uno se sienta inocente de las consignas que ha seguido, después abandonado, para acoger otras; una capacidad propiamente ideal o fantasmática para la aprehensión de las transformaciones incorporales; una aptitud para captar el lenguaje bajo la forma de un inmenso discurso indirecto<sup>15</sup>. Facultad del apuntador y del apuntado, facultad de la canción que siempre pone una melodía en otra melodía en una relación de redundancia, facultad mediática en verdad, glosolálica o xenoglósica.

Consideremos de nuevo la pregunta: ¿en qué medida una función-lenguaje, una función coextensiva al lenguaje, queda así definida? Es evidente que las consignas, los agenciamientos colectivos o regímenes de signos, no se confunden con el lenguaje. Pero efectúan su condición (*sobrelinealidad de la expresión*); satisfacen cada vez la condición, de manera que, sin ellos, el lenguaje seguiría siendo pura virtualidad (carácter sobrelineal del discurso indirecto). Naturalmente, los agenciamientos varían, se transforman. Pero no varían necesariamente según cada lengua, no corresponden a las diversas lenguas. Una lengua parece definirse por las constantes fonológicas, semánticas, sintácticas que forman parte de sus enunciados; el agenciamiento colectivo, por el contrario, concierne al uso de esas constantes en función de variables internas a la propia enunciación (las variables de expresión, los actos inmanentes o transformaciones incorporales). Constantes diferentes, de diferentes lenguas, pueden tener el mismo uso; y las mismas constantes, en una lengua determinada, pueden tener usos diferentes, bien sucesivamente, bien incluso simultáneamente. Uno no puede limitarse a una dualidad entre las constantes como factores lingüísticos, explícitos o explicitables, y las variables como factores extrínsecos no lingüísticos. Pues las variables pragmáticas de uso son internas a la enunciación, y forman los presupuestos de la lengua. Así pues, si el agenciamiento colectivo es cada vez coextensivo a la lengua considerada, y al propio lenguaje, es precisamente porque expresa el conjunto de las transformaciones

---

<sup>14</sup> Citado por DAVID COOPER, *Le langage de la folie*, ed. du Seuil, págs. 32-33 (trad. cast., ed. Ariel). COOPER comenta: “el término *oír voces* significa que se deviene consciente de algo que rebasa la conciencia M discurso normal (i. e. directo) y que, como consecuencia, deber ser experimentado como diferente”.

<sup>15</sup> ELIAS CANETTI es uno de los raros autores que se han interesado por el modo de acción psicológica de la consigna (*Masse et puissance*, Gallimard, págs. 321-353 –trad. cast., Alianza Editorial). CANETTI supone que una orden imprime en el alma y en la carne una especie de aguijón que forma un quiste, una parte endurecida, eternamente conservada. Así pues, el único alivio posible es pasarlo lo más rápidamente posible a los otros, para crear “masa”, aún a riesgo de que la masa se vuelva contra el emisor de la consigna. Pero cine la consigna sea como un cuerpo extraño al cuerpo, un discurso indirecto en la palabra, también explica el prodigioso olvido: “El ejecutante no se acusa a sí mismo, acusa al aguijón, a la instancia extraña, al verdadero culpable, por así decir, que lleva con él a todas partes (...). El aguijón es el eterno testigo de que uno mismo no ha sido el autor de tal y tal acto. Uno se siente su víctima, y en ese caso no queda el menor sentimiento para la verdadera víctima. Es, pues, cierto que los hombres que han actuado bajo una orden se consideran perfectamente inocentes, y por ese motivo volverían a comenzar con otras consignas (pág. 352). CANETTI da aquí una explicación profunda del sentimiento de inocencia de los nazis, o de la capacidad de olvido de los antiguos estalinistas, tanto más amnésicos cuanto que invocan su memoria y su pasado para arrogarse el derecho de lanzar o de seguir nuevas consignas todavía más siniestras, “manía de los agujones”. El análisis de CANETTI nos parece esencial a este respecto. No obstante, presupone la existencia de una facultad psíquica muy particular sin la cual la consigna no podría tener ese modo de acción. Toda teoría racionalista clásica, de un “sentido común”, “de un buen sentido universalmente compartido, basado en la información y la comunicación, es una manera de tapar u ocultar, y de justificar de antemano, una facultad mucho más inquietante que es la de las consignas. Facultad singularmente irracional que se cauciona tanto mas cuanto que se la bendice con el nombre de la razón pura, ni más ni menos que la razón pura...

incorporales que efectúan la condición del lenguaje, y que utilizan los elementos de la lengua. La función-lenguaje así definida no es ni informativa ni comunicativa; no remite ni a una información significativa, ni a una comunicación intersubjetiva. Y de poco serviría abstraer una significancia al margen de la información, o una subjetividad al margen de la comunicación. Pues el proceso de subjetivación y el movimiento de significancia remiten a regímenes de signos o agenciamientos colectivos. La función-lenguaje es transmisión de consignas, y las consignas remiten a los agenciamientos, del mismo modo que los agenciamientos remiten a las transformaciones incorporales que constituyen las variables de la función. La lingüística no es nada al margen de la pragmática (semiótica o política) que define la efectuación de la *condición* del lenguaje y *el uso* de los elementos de la lengua.

## II. *Habría una máquina abstracta de la lengua, que no recurriría a ningún factor “extrínseco”*

Si en un campo social distinguimos el conjunto de las modificaciones corporales y el conjunto de las transformaciones incorporales, a pesar de la variedad de cada uno, estamos ante dos formalizaciones, una de contenido, otra de expresión. Pues el contenido no se opone a la forma, tiene su propia formalización: el polo mano-herramienta, o la lección de cosas. Pero sí se opone a la expresión, en la medida en que ésta también tiene su propia formalización: el polo rostro-lenguaje, o la lección de signos. Precisamente porque tanto el contenido como la expresión tienen su forma, nunca se puede asignar a la forma de expresión la simple función de representar, de describir o de constatar un contenido correspondiente: no hay correspondencia ni conformidad. Las dos formalizaciones no son de la misma naturaleza, y son independientes, heterogéneas. Los estoicos han sido los primeros que han elaborado la teoría de esta independencia: distinguen las acciones y las pasiones de los cuerpos (dando a la palabra “cuerpo” la mayor extensión, es decir, todo contenido formado), y los actos incorporales (que son lo “expresado” de los enunciados). La forma de expresión estará constituida por el encadenamiento de los expresados, y la forma de contenido por la trama de los cuerpos. Cuando el cuchillo penetra en la carne, cuando el alimento o el veneno se extienden por el cuerpo, cuando la gota de vino se vierte en el agua, se produce una *mezcla de cuerpos*; pero los enunciados “el cuchillo corta la carne”, “yo como”, “el agua enrojece”, expresan *transformaciones incorporales* de naturaleza completamente distinta (acontecimientos)<sup>16</sup>. El genio de los estoicos es haber llevado esa paradoja hasta el límite, hasta la demencia, hasta el cinismo, y haberla basado en razones muy serias: como recompensa fueron los primeros en crear una filosofía del lenguaje.

Pero la paradoja no tiene valor si no se añade con los estoicos: las transformaciones incorporales, los atributos incorporales, sólo se dicen y no se dicen de los propios cuerpos. Son el expresado de los enunciados, pero *se atribuye* a los cuerpos. Y no para describirlos o representarlos, pues éstos ya tienen sus cualidades específicas, sus acciones y sus pasiones, sus almas, en una palabra, sus formas, que a su vez son cuerpos –¡y las representaciones también son cuerpos!–. Si los atributos no corporales se dicen de los cuerpos, si cabe distinguir lo expresado incorporal “enrojecer” y la cualidad corporal “rojo”, etc., es, pues, por otra razón que la de la representación. Ni siquiera se puede decir que el cuerpo, o el estado de cosas, sea el “referente” del signo. Expresando el atributo no corporal, y atribuyéndolo al mismo tiempo al cuerpo, no se representa, no se refiere, en cierto sentido *se interviene*, y es un acto de lenguaje. La independencia de las dos formas, de expresión y de contenido, no queda desmentida, sino, al contrario, confirmada por lo siguiente: las expresiones o los expresados van a insertarse en los contenidos, a intervenir en los contenidos, no para representarlos, sino para anticiparlos, retrogradarlos, frenarlos o precipitarlos, unirlos o separarlos, dividirlos de otra forma. La cadena de las transformaciones instantáneas siempre se insertará en la trama de las modificaciones continuas (de ahí el sentido de las fechas de los estoicos ¿a partir de qué momento puede decirse de alguien que es calvo? ¿En qué sentido un enunciado del tipo “mañana habrá una batalla naval” marca una fecha o consigna?). La noche del 4 de agosto, el 4 de julio de 1917, el 20 de noviembre de 1923: ¿qué transformación incorporal expresan, que, sin embargo, se atribuye a los cuerpos, se inserta en ellos? La independencia de la forma de expresión y de la forma de contenido no funda ningún paralelismo entre las dos, ni tampoco ninguna representación de una por la otra, sino, al contrario, una fragmentación de las dos, una manera de insertarse las expresiones en los contenidos, de pasar constantemente de un registro a otro, de actuar los signos sobre las cosas, al mismo tiempo que éstas se

---

<sup>16</sup> Cf. el libro clásico de BRÉHIER, *La théorie des incorporels dans l'ancien stoïcisme*, Vrin.: pág. 12, pág. 20, sobre los enunciados “el cuchillo corta la carne”, o “el árbol verdea”.

extienden y se despliegan a través de los signos. Un agenciamiento de enunciación no habla “de las” cosas, sino que habla *desde los mismos* estados de cosas o estados de contenidos. Como consecuencia, un mismo  $x$ , una misma partícula, funcionará como cuerpo que actúa y sufre, o bien como signo que produce un acto, una consigna, según la forma en que esté incluido (como ocurre en el conjunto teórico-experimental de la física). En resumen, la independencia funcional de las dos formas sólo es la forma de su presuposición recíproca, del paso incesante de la una a la otra. Nunca estamos ante un encadenamiento de consignas, y una causalidad de contenidos, cada uno válido de por sí, o uno representando al otro y el otro sirviendo de referente. Al contrario, la independencia de las dos líneas es distributiva, y hace que un segmento de la una releve constantemente a un segmento de la otra, pase o se introduzca en la otra. Como dice Foucault, constantemente se pasa de las consignas al “orden mudo” de las cosas, y a la inversa.

Cuando empleamos esa ambigua palabra “intervenir”, cuando decimos que las expresiones intervienen o se insertan en los contenidos, ¿no seguimos estando ante una especie de idealismo en el que la consigna caería del cielo, instantáneamente? Habría que determinar no un origen, sino los puntos de intervención, de inserción, y todo ello en el marco de la presuposición recíproca entre las dos formas. Ahora bien, las formas, tanto de contenido como de expresión, son inseparables de un movimiento de desterritorialización que las arrastra. Expresión y contenido, cada uno de ellos está más o menos desterritorializado, relativamente desterritorializado según tal estado de su forma. A este respecto, no se puede plantear una primacía de la expresión sobre el contenido, o a la inversa. Puede suceder que las componentes semióticas estén más desterritorializadas que las componentes materiales, pero también puede suceder lo inverso. Por ejemplo, un complejo matemático de signos puede estar más desterritorializado que un conjunto de partículas; y a la inversa, las partículas pueden tener efectos experimentales que desterritorializan el sistema semiótico. Una acción criminal puede ser desterritorializante respecto al régimen de siglas existente (la tierra grita venganza y se aleja, mi culpa es demasiado grande); pero el signo que expresa el acto de condenación puede ser a su vez desterritorializante respecto a todas las acciones y reacciones (“serás un fugitivo y un desertor en la tierra”, ni siquiera te podrán matar). En resumen, hay grados de desterritorialización que cuantifican las formas respectivas, y según los cuales los contenidos y las expresiones se conjugan, alternan, se precipitan recíprocamente, o, al contrario, se estabilizan al efectuar una reterritorialización. Lo que llamamos circunstancias o variables son precisamente esos grados. Hay *variables de contenido*, que son proporciones en las mezclas o agregados de cuerpos, y hay *variables de expresión*, que son factores internos a la enunciación. En Alemania, hacia el 20 de noviembre de 1923: la inflación desterritorializante del cuerpo monetario, pero también la transformación semiótica del *reichsmark* en *rentenmark*, que toma el relevo y hace posible una reterritorialización. En Rusia, hacia el 4 de julio de 1917: las proporciones de un estado de “cuerpos” Soviets-Gobierno provisional, pero también la elaboración de una semiótica incorporada bolchevique que precipita las cosas, y se hará relevar del otro lado por la acción detonante del cuerpo del Partido. En resumen, una expresión no entra en relación con un contenido descubriéndolo o representándolo. Las formas de expresión y de contenido comunican por conjugación de sus cuantos de desterritorialización relativa, interviniendo las unas en las otras, actuando éstas en primeras.

Se pueden sacar algunas conclusiones generales sobre la naturaleza de los Agenciamientos. Según un primer eje, horizontal, un agenciamiento incluye dos segmentos, uno de contenido, otro de expresión. Por un lado es *agenciamiento maquínico* de cuerpos, de acciones y de pasiones, mezcla de cuerpos que actúan los unos sobre los otros; por otro, *agenciamiento colectivo de enunciación*, de actos y de enunciados, transformaciones incorporales que se atribuyen a los cuerpos. Pero, según un eje vertical orientado, el agenciamiento tiene por un lado *partes territoriales* o reterritorializadas, que lo estabilizan, y por otro, *máximos de desterritorialización* que lo arrastran. Nadie mejor que Kafka ha sabido separar y hacer funcionar juntos estos ejes del agenciamiento. Por un lado la máquina-barco, la máquina-hotel, la máquina-circo, la máquina-castillo, la máquina-tribunal: cada una con sus piezas, sus engranajes, sus procesos, sus cuerpos enmarañados, ajustados, desajustados (cf. la cabeza que perfora el techo). Por otro el régimen de signos o de enunciación: cada régimen con sus transformaciones incorporales, sus actos, sus sentencias de muerte y sus veredictos, sus procesos, su “derecho”. Ahora bien, es evidente que los enunciados no representan las máquinas: el discurso del Fogonero no describe la sala de máquinas como cuerpo, tiene su forma propia, y su desarrollo sin analogía. Y sin embargo, se atribuye a los cuerpos, a todo el barco como cuerpo. Discurso de sumisión a las consignas, de discusión, de reivindicación, de acusación y de alegato. Pues, según el segundo eje, lo que se compara o se combina de un aspecto al otro, lo que sitúa constantemente el uno en el otro, son los grados de desterritorialización conjugados o alternos, y las operaciones de reterritorialización que en un determinado momento estabilizan el conjunto. K, la función-K,

designa la línea de fuga o de desterritorialización que arrastra a todos los agenciamientos, pero que también pasa por todas las reterritorializaciones y redundancias, redundancias de infancia, de pueblo, de amor, de burocracia..., etc.

Tetralencia del agenciamiento. Y como ejemplo, el agenciamiento feudal. Según un primer eje, se considerarán las mezclas de cuerpos que definen la feudalidad. El cuerpo de la tierra y el cuerpo social, los cuerpos del soberano, del vasallo y del siervo, el cuerpo del caballero y del caballo, la nueva relación que establecen con el estribo, las armas y las herramientas que aseguran las simbiosis de cuerpos: todo un agenciamiento maquínico. Pero también los enunciados, las expresiones, el régimen jurídico de las armaduras, el conjunto de las transformaciones incorporales, especialmente los juramentos y sus variables, el juramento de obediencia, pero también el juramento amoroso, etc.: el agenciamiento colectivo de enunciación. Y según el otro eje, se considerarán las territorialidades y reterritorializaciones feudales, al mismo tiempo que la línea de desterritorialización que arrastra al caballero y su montura, los enunciados y los actos. Y cómo todo eso se combina en las Cruzadas.

Así pues, sería todo un error creer que el contenido determina la expresión por acción causal, incluso si se concede a la expresión el poder no sólo de “reflejar” el contenido, sino de actuar activamente sobre él. Semejante concepción ideológica del enunciado, que lo hace depender de un contenido económico dominante, choca contra todas las dificultades inherentes a la dialéctica. En primer lugar, podría concebirse una acción causal entre el contenido o la expresión, pero no para las *formas* respectivas, la forma de contenido y la forma de expresión. A ésta hay que reconocerle una independencia que permitirá precisamente a las expresiones actuar sobre los contenidos. Pero esa independencia está mal concebida. Si se dice que los contenidos son económicos, la forma de contenido no puede serlo, y queda reducida a una pura abstracción, a saber: la producción de bienes y los medios para producirlos considerados por sí mismos. De igual modo, si se dice que las expresiones son ideológicas, la forma de expresión no lo es, y queda reducida al lenguaje como abstracción, como disposición de un bien común. Como consecuencia, se pretende caracterizar los contenidos y las expresiones por todas las luchas y conflictos que los atraviesan bajo dos formas diferentes, pero esas mismas formas están de por sí exentas de toda lucha o conflicto, y su relación sigue siendo totalmente indeterminada<sup>17</sup>. Sólo se podría determinarla modificando la teoría de la ideología, y haciendo intervenir ya las expresiones y los enunciados en la productividad, bajo forma de una producción de sentido o de un valor-signo. Sin duda, aquí la categoría de producción tiene la ventaja de romper con los esquemas de representación, de información y de comunicación. Pero, ¿es más adecuada que esos esquemas? Su aplicación al lenguaje es muy ambigua, puesto que hay que recurrir a un milagro dialéctico constante que transforma la materia en sentido, el contenido en expresión, el proceso social en sistema significativo.

Bajo su aspecto material o maquínico, un agenciamiento no nos parece que remita a una producción de bienes, sino a un estado preciso de mezcla de cuerpos en una sociedad, que incluye todas las atracciones y repulsiones, las simpatías y las antipatías, las alteraciones, las alianzas, las penetraciones y expansiones que afectan a todo tipo de cuerpos relacionados entre sí. Un régimen alimentario, un régimen sexual regulan sobre todo mezclas de cuerpos obligatorias, necesarias o permitidas. Incluso la tecnología se equivoca al considerar las herramientas por sí mismas: las herramientas sólo existen en relación con las mezclas que ellas hacen posibles o que las hacen posibles. El estribo entraña una nueva simbiosis hombre-caballo, que entraña a su vez nuevas armas y nuevos instrumentos. Pues las herramientas son inseparables de las simbiosis o alianzas que definen un agenciamiento maquínico. Naturaleza-sociedad. Presuponen una máquina social que las selecciona y las incluye en su *filum*: una sociedad se define por sus alianzas y no por sus herramientas. De igual modo, bajo su aspecto colectivo o semiótico, el agenciamiento no remite a una productividad de lenguaje, sino a regímenes de signos, a una máquina de expresión cuyas variables determinan el uso de los elementos de la lengua. Y como las herramientas, esos elementos no tienen valor por sí mismos. Hay primacía de un agenciamiento maquínico de los cuerpos sobre las herramientas y los bienes, primacía de un agenciamiento colectivo de enunciación sobre el lenguaje y las palabras. Y la articulación de esos dos aspectos del agenciamiento es efectuada por los movimientos de desterritorialización que cuantifican sus formas. Por eso un campo social no se define tanto por sus conflictos y sus contradicciones como por las líneas de fuga que lo atraviesan. Un agenciamiento no conlleva

---

<sup>17</sup> Así, Stalin, en su célebre texto sobre la lingüística, pretende aislar dos formas neutras, que sirven indiferentemente a toda la sociedad, todas las clases y todos los regímenes: por un lado, los instrumentos y las máquinas como puro medio para producir cualquier tipo de bienes, por otro, el lenguaje como puro medio de información y de comunicación. Incluso Bakhtine define el lenguaje como forma de ideología, pero precisa que la forma de ideología no es ella misma ideológica.

ni infraestructura y superestructura, ni estructura profunda y estructura superficial, sino que aplanan todas sus dimensiones en un mismo plan de consistencia en el que actúan las presuposiciones recíprocas y las inserciones mutuas.

Otro error (que llegado el caso se combina con el anterior) sería creer en la suficiencia de la forma de expresión como sistema lingüístico. Este sistema puede concebirse como estructura fonológica significativa, o como estructura sintáctica profunda. De todas formas, tendría la virtud de engendrar la semántica, y de satisfacer así la expresión, mientras que los contenidos serían abandonados a lo arbitrario de una simple “referencia”, y la pragmática a la exterioridad de los factores no lingüísticos. Todas estas empresas tienen en común el erigir una *máquina abstracta de la lengua*, pero constituyéndola como un conjunto sincrónico de constantes. Ahora bien, no se objetará que la máquina así concebida es demasiado abstracta. Al contrario, no lo es suficientemente, sigue siendo “lineal”. Continúa estando a un nivel de abstracción intermedio, que le permite por un lado considerar los factores lingüísticos en sí mismos, independientemente de los factores no lingüísticos, y por otro considerar esos factores lingüísticos como constantes. Pero, si se fuerza la abstracción se llega necesariamente a un nivel en el que las pseudoconstantes de la lengua son sustituidas por variables de expresión internas a la propia enunciación. Como consecuencia, esas variables de expresión son inseparables de las variables de contenido en constante interacción. *Si la pragmática externa de los factores no lingüísticos debe ser tomada en consideración es precisamente porque la lingüística es inseparable de una pragmática interna que concierne a sus propios factores*. No basta con tener en cuenta el significado, o incluso el referente, puesto que las mismas nociones de significación y de referencia todavía tienen que ver con una estructura de expresión que se supone autónoma y constante. De nada sirve construir una semántica, o incluso reconocer ciertos derechos de la pragmática, si se las sigue haciendo pasar por una máquina sintáctica o fonológica que previamente debe tratarlas. Pues una verdadera máquina abstracta se relaciona con el conjunto del agenciamiento: se define como el diagrama de ese agenciamiento. No es lingüística, sino diagramática y sobrelineal. Ni el contenido es un significado, ni la expresión un significante, sino que los dos son las variables del agenciamiento. Nada se avanza mientras que no se relacionen directamente las determinaciones pragmáticas, terminaciones pragmáticas, pero también semánticas, sintácticas y fonológicas, con los agenciamientos de enunciación de los que dependen. La máquina abstracta de Chomsky sigue estando ligada a un modelo arborescente, y al orden lineal de los elementos lingüísticos en las frases y su combinatoria. Pero desde el momento en que se tienen en cuenta valores pragmáticos o variables internas, especialmente en función del discurso indirecto, forzosamente hay que hacer intervenir “hiperfrases”, o construir “objetos abstractos” (transformaciones incorporales), que implican una sobrelinealidad, es decir, un plan cuyos elementos ya no tienen un orden lineal fijo: modelo rizoma<sup>18</sup>. Desde ese punto de vista, la interpenetración de la lengua con el campo social y los problemas políticos está en lo más profundo de la máquina abstracta, y no en la superficie. La máquina abstracta, en la medida en que se relaciona con el diagrama del agenciamiento, nunca es puro lenguaje, como no sea por falta de abstracción. Es el lenguaje el que depende de la máquina abstracta, y no a la inversa. A lo sumo, se pueden distinguir en ella dos estados de diagrama, uno en el que las variables de contenido y de expresión se distribuyen según su forma heterogénea en presuposición recíproca en un plan de consistencia, otro en el que ya ni siquiera se las puede distinguir, puesto que la variabilidad del propio plan ha prevalecido sobre la dualidad de las formas, y las ha vuelto “indiscernibles”. (El primer estado estaría relacionado con movimientos de desterritorialización aún relativos, mientras que el segundo habría alcanzado un umbral absoluto de desterritorialización).

### ***III. Habría constantes o universales de la lengua, que permitirían definirla como un sistema homogéneo***

---

<sup>18</sup> Sobre estos problemas, cf. J. M. SADOCK, “Hypersentences”, Phil. Diss, Univ. of Illinois, 1968; D. WUNDERLICH, “Pragmatique, situation d’énonciation et Deixis”, *Langages*, Larousse, junio 1972, y sobre todo S. K. Saumjan, que propone un modelo de objetos abstractos, basados en la operación de aplicación, M.G.A. modelo generativo aplicativo (*Langages*, marzo 1974). Saumjan invoca a Hjelmslev: la fuerza de Hjelmslev estriba en haber concebido la forma de expresión y la forma de contenido como dos variables totalmente relativas, en un mismo plano, como “los funtivos de una misma función” (*Prolégomènes à une théorie du langage*, pág. 85) (trad. cast., ed. Gredos). Este progreso hacia una concepción diagramática de la máquina abstracta se ve frenado por lo siguiente: Hjelmslev concibe todavía la distinción entre la expresión y el contenido a partir del modelo significante-significado, y mantiene así la dependencia de la máquina abstracta de la lingüística.

La cuestión de las invariantes estructurales –y la idea misma de estructura es inseparable de tales invariantes, atómicas o relacionales– es esencial para la lingüística. Es la condición bajo la cual la lingüística puede invocar la pura cientificidad, nada más que la ciencia..., libre de todo factor pretendidamente exterior o pragmático. Esta cuestión de las invariantes adquiere diversas formas estrechamente unidas: 1) las constantes de una lengua (fonológicas, por conmutatividad; sintácticas, por transformatividad; semánticas, por generatividad); 2) los universales del lenguaje (por descomposición del fonema en rasgos distintivos, de la sintaxis en constituyentes de base, de la significación en elementos semánticos mínimos); 3) los árboles, que unen las constantes entre sí, con relaciones binarias para el conjunto de todos ellos (cf. el método lineal arborescente de Chomsky); 4) la competencia, coextensiva por derecho a la lengua y definida por los juicios de gramaticalidad; 5) la homogeneidad, que se refiere tanto a los elementos y a las relaciones como a los juicios intuitivos; 6) la sincronía, que insta un “en-sí” y un “para-sí” de la lengua, pasando perpetuamente del sistema objetivo a la conciencia subjetiva que la aprehende por derecho (la del propio lingüista).

Se puede jugar con todos estos factores, eliminar unos o añadir otros. No obstante, siempre van unidos, puesto que al nivel de uno de ellos encontramos lo esencial de todos los demás. Por ejemplo, la distinción lengua-palabra reaparece en la distinción *competance*-*performance*, pero al nivel de la gramaticalidad. Si se objeta que la distinción entre *competance* y *performance* es totalmente relativa –una competencia lingüística puede ser económica, religiosa, política, estética..., etc.; la *competencia* escolar de un maestro puede ser tan sólo una *performance* con relación al juicio del inspector o a las reglas ministeriales–, los lingüistas responden que están dispuestos a multiplicar los niveles de competencia, e incluso a introducir valores pragmáticos en el sistema. Así, Brekle propone añadir un factor de *competance performantielle ideo-synchrasiq*, ligado a todo un conjunto de factores lingüísticos, psicológicos o sociológicos. Pero, ¿de qué sirve esa inyección de pragmática si se considera que ésta tiene a su vez constantes o universales específicos? ¿Por qué razón expresiones como “yo”, “prometer”, “saber” serían más universales que “saludar”, “nombrar” o “condenar”?<sup>19</sup> De igual modo, cuando uno se esfuerza en hacer brotar los árboles chomskyanos, y en romper el orden lineal, nada se ha avanzado verdaderamente, no se ha constituido un rizoma, en tanto que las componentes pragmáticas que marcan las rupturas se sitúan en lo más alto del árbol, o se eliminan en el momento de la derivación<sup>20</sup>. En verdad, el problema más general concierne a la naturaleza de la máquina abstracta: no hay ninguna razón para ligar lo abstracto a lo universal o a lo constante, y para borrar la singularidad de las máquinas abstractas en tanto que están construidas en torno a variables y variaciones.

Podemos comprender mejor esta cuestión si analizamos la discusión que opone Chomsky a Labov. Que toda lengua es una realidad compuesta esencialmente heterogénea, los lingüistas lo saben y lo dicen; pero es una observación de *hecho*. Chomsky sólo reclama que a partir de ese conjunto se elabore un sistema homogéneo o standard, como condición de abstracción, de idealización, que haga posible un estudio científico *por derecho*. No se trata, pues, de atenerse a un inglés standard, pues, incluso si estudia el *black-english* o el inglés de los ghettos, el lingüista se verá obligado a extraer un sistema standard que garantice la constancia y la homogeneidad del objeto estudiado (ninguna ciencia podría proceder de otro modo, dicen). Chomsky hace como si creyera que Labov, cuando afirma su interés por los rasgos variables del lenguaje, está instalándose por ello en una pragmática de hecho, exterior a la lingüística<sup>21</sup>. Sin embargo, Labov tiene otra ambición. Cuando extrae líneas de *variación inherente*, no las considera simplemente como “variantes libres” que se referirían a la pronunciación, al estilo o a rasgos no pertinentes, que estarían fuera del sistema y que no afectarían a su homogeneidad; pero tampoco como una mezcla de hecho entre dos sistemas cada uno de los cuales sería homogéneo de por sí, como si el locutor pasara del uno al otro. Labov recusa la alternativa en la que la lingüística ha querido instalarse: atribuir las variantes a sistemas diferentes, o bien remitirlas más allá de la estructura. Pues la variación es sistemática, en el sentido en el que los músicos dicen que “el tema es la variación”. Labov ve en la variación una componente de derecho que afecta a cada sistema desde dentro, y que le hace escapar o saltar por su propia potencia, que en principio le impide encerrarse en sí mismo, homogeneizarse. Sin duda, las variaciones consideradas por Labov son de todo tipo, fonéticas, fonológicas, sintácticas, semánticas, estilísticas. Nos parece difícil objetar a Labov que ignora la distinción entre el derecho y el hecho –o bien entre la lingüística y la estilística, o entre la sincronía y la diacronía, o entre los rasgos pertinentes y los rasgos no pertinentes, o entre la

<sup>19</sup> Cf. H. E. BREKLE, *Sémantique*, Armand Colin, págs. 94-104: sobre la idea de una pragmática universal y de “universales de diálogo”.

<sup>20</sup> Sobre este brote y sus diferentes representaciones, cf. WUNDERLICH, “Pragmatique...”

<sup>21</sup> NOAM CHOMSKY y MITSOU RONAT, *Dialogues*, Flammarion, págs. 72-74.

*competance* y la *performance*, o entre la gramaticalidad de la lengua y la agramaticalidad de la palabra—. Sin perjuicio de reforzar las posiciones de Labov, diríase más bien que lo que él reclama es otra distribución del hecho y del derecho, y sobre todo otra concepción del derecho y de la abstracción. Labov pone el ejemplo del joven negro que, en una serie muy breve de frases, da la impresión de pasar dieciocho veces del sistema *black-english* al sistema standard, y a la inversa. Pero, ¿no es precisamente esa distinción abstracta entre los dos sistemas la que se revela arbitraria, insuficiente, puesto que la mayoría de las formas sólo están relacionadas con uno u otro sistema por los azares de tal o tal secuencia? Si eso es así, ¿no habría que convenir que todo sistema está en variación, y se define no por sus constantes y su homogeneidad, sino, al contrario, por una variabilidad que tiene como características ser inmanente, continua, y regulada de un modo muy especial (reglas *variables o facultativas*)?<sup>22</sup>

¿Cómo concebir esa variación continua que trabaja una lengua desde dentro, incluso si para ello hay que salirse de los límites que se fija Labov, y de las condiciones de cientificidad que invoca la lingüística? En una misma jornada, un individuo pasa constantemente de una lengua a otra. Sucesivamente, hablará como “un padre debe hacerlo”, luego como un patrón; a la amada le hablará con una lengua puerilizada; al dormirse se sumerge en un discurso onírico, y bruscamente vuelve a una lengua profesional cuando suene el teléfono. Se objetará que estas variaciones son extrínsecas, y que la lengua sigue siendo la misma. Pero eso es prejuzgar lo que aquí se dirime. Pues, por un lado, no es seguro que sea la misma fonología, ni la misma sintaxis, la misma semántica. Por otro lado, lo fundamental es saber si la lengua supuestamente la misma se define por invariantes, o, al contrario, por la línea de variación continua que la atraviesa. Algunos lingüistas han sugerido que el cambio lingüístico no se produce tanto por ruptura de un sistema como por modificación gradual de frecuencia, por coexistencia y continuidad de usos diferentes. Supongamos un único y mismo enunciado, ¡“lo juro”! El enunciado no es el mismo si lo dice un niño ante su padre, o bien un enamorado ante su amada, o un testigo ante el tribunal. Son como tres secuencias. (Y lo mismo ocurre con los cuatro Amén distribuidos en siete secuencias, de Messiaen). Tampoco aquí tenemos ningún motivo para decir que las variables sólo son de situación, y que el enunciado permanece constante por derecho. No sólo hay tantos enunciados como efectuaciones, sino que el conjunto de los enunciados está presente en la efectuación de uno de ellos, de suerte que la línea de variación es virtual, es decir, real sin ser actual, y, por tanto, continua cualesquiera que sean los saltos del enunciado. Poner en variación continua será hacer pasar el enunciado por todas las variables, fonológicas, sintácticas, semánticas, prosódicas, que pueden afectarlo en el más corto período de tiempo (el intervalo más pequeño). Construir el *continuum* de ¡lo juro! con las transformaciones correspondientes. Ese es el punto de vista de la pragmática. Pero la pragmática ha devenido interna a la lengua, inmanente, e incluye la variación de todo tipo de elementos lingüísticos. Y como ejemplo, la línea de los tres procesos de Kafka: el proceso del padre, en familia; el proceso de los esposales, en el hotel; el proceso de tribunal. Siempre se tiende a buscar una “reducción”: se explicará todo por la situación del hijo ante el padre, o bien del hombre respecto a la castración, o del ciudadano respecto a la ley. Nos contentamos así con extraer una pseudoconstante de contenido, que no tiene más valor que extraer una pseudoconstante de expresión. La puesta en variación debe permitirnos evitar esos peligros, puesto que construye un *continuum* o un *medium* que no implica ni principio ni final. No hay que confundir la variación continua con el carácter continuo o discontinuo de la variación: consigna, variación continua para una variable discontinua. Una variable puede ser continua en una parte de su trayecto, y luego rebotar o saltar sin que su variación continua se vea por ello afectada, imponiendo un desarrollo ausente como una “continuidad alternativa”, virtual y sin embargo real.

Una constante, una invariante, no se define tanto por su permanencia y su duración como por su función de centro, incluso relativo. En el sistema tonal o diatónico de la música, las leyes de resonancia y de atracción determinan centros válidos a través de todos los modos, dotados de estabilidad y de poder de atracción. Estos centros son, pues, organizadores de formas distintas, distintivas, claramente establecidas durante ciertas fracciones de tiempo: sistema centrado, codificado, lineal, de tipo arborescente. Bien es verdad que el “modo” menor, en virtud de la naturaleza de sus intervalos y de la menor estabilidad de sus acordes, confiere a la música tonal un carácter fugaz, huidizo, descentrado. Pero también tiene la ambigüedad de estar sometido a operaciones que lo inscriben en el modelo o patrón mayor aunque haciendo valer, sin embargo, una cierta potencia modal irreductible a la tonalidad, como si la música viajase y recogiese todos los resurgimientos, fantasmas de Oriente,

---

<sup>22</sup> WILLIAM LABOV, *Sociolinguistique*, sobre todo págs. 262-265. Hay que señalar que Labov unas veces se impone la condición restrictiva de considerar enunciados que tiene más o menos el mismo sentido; otras, escapa a esta condición para seguir un encadenamiento de enunciados complementarios, pero heterogéneos.

parajes imaginarios, todo tipo de tradiciones. Es más, el temperamento, el cromatismo temperado, presenta otra ambigüedad: la de extender la acción del centro a los tonos más alejados, pero también preparar la descomposición del principio central, sustituir las formas centradas por el desarrollo continuo de una forma que no cesa de disolverse o de transformarse. Cuando el desarrollo somete a la forma y se extiende a todo el conjunto, como en Beethoven, la variación comienza a liberarse y se identifica con la creación. No obstante, hay que esperar a que el cromatismo se desencadene, devenga un cromatismo generalizado, se vuelva contra el temperamento, y afecte no sólo a las alturas, sino a todas las componentes del sonido, duraciones, intensidades, timbres, ataques. En ese caso, ya no se puede hablar de una forma sonora que organizaría una materia; ni siquiera se puede hablar de un desarrollo continuo de la forma. Se trata más bien de un material muy complejo y muy elaborado que hará audibles fuerzas no sonoras. El conjunto materia-forma es ahora sustituido por la interacción materia-fuerzas. El sintetizador ha sustituido al antiguo “juicio sintético a priori”, como consecuencia, todas las funciones cambian. Al poner en variación continua todas las componentes, la música deviene un sistema sobrelíneo, un rizoma en lugar de un árbol, y pasa al servicio de un *continuum* cósmico virtual, del que hasta los agujeros, los silencios y las rupturas, los cortes forman parte. Así pues, lo fundamental no es un pseudocorte entre el sistema tonal y la música atonal; al contrario, rompiendo con el sistema tonal, la música atonal no hace más que llevar el temperamento hasta sus últimas consecuencias (sin embargo, ningún vienés se quedó en eso). Lo esencial es casi el movimiento inverso: la gran agitación que afecta al sistema tonal, en un largo período de los siglos XIX y XX, y que disuelve el temperamento, amplía el cromatismo, aunque conservando un tonal relativo, reinventa nuevas modalidades, arrastra los modos mayor y menor a una nueva afianza, y gana cada vez dominios de variación continua para tal o tal variables. Esa agitación pasa a primer plano, se hace oír por sí misma, y hace oír, gracias a su material molecular trabajado de esa forma, las fuerzas no sonoras del cosmos que siempre agitaban la música: un poco de Tiempo en estado puro, una brizna de Intensidad absoluta... Tonal, modal, atonal, no quieren decir gran cosa. Nada mejor que la música para representar el arte como cosmos, y trazar las líneas virtuales de la variación infinita.

Una vez más, se objetará que la música no es un lenguaje, las componentes del sonido no son rasgos pertinentes de la lengua, no hay correspondencia entre los dos. Pero nosotros no invocamos una correspondencia, nosotros no cesamos de pedir que se deje abierto lo que se discute, que se rechace cualquier supuesta distinción. En primer lugar, la distinción lengua-palabra se ha creado fundamentalmente para poner fuera del lenguaje todo tipo de variables que trabajan la expresión o la enunciación. Jean-Jacques Rousseau proponía, por el contrario, una relación Voz-Música, que habría podido arrastrar no sólo la fonética y la prosodia, sino toda la lingüística, en otra dirección. En la música, la voz nunca ha dejado de ser un eje de experimentación privilegiado, que participa a la vez del lenguaje y del sonido. La música ha ligado la voz y los instrumentos de diversas maneras; pero, en la medida en que la voz es canto, su función principal es “sostener” el sonido, cumple la función de constante, circunscrita a una nota, al tiempo que es *acompañada* por el instrumento. Sólo cuando está relacionada con el timbre descubre en sí misma una tesitura que la hace heterogénea a sí misma y le da una potencia de variación continua: ahora ya no está acompañada, está realmente “maquinada”, pertenece a una máquina musical que pone en prolongamiento o superposición en un mismo plano sonoro las partes habladas, cantadas, distorsionadas, instrumentales y eventualmente electrónicas. Plano sonoro de un “glisando” generalizado, que implica la constitución de un espacio estadístico, en el que cada variable no tiene un valor medio, sino una probabilidad de frecuencia que la pone en variación continua con las otras variables<sup>23</sup>. *Rostro*, de Berio, o *Glosolalia*, de Dieter Schnebel, serían ejemplos típicos a este respecto. Y, a pesar de lo que diga el propio Berio, no se trata tanto de producir un simulacro de lenguaje o una metáfora de la voz, con pseudoconstantes, como de llegar a esa lengua neutra, secreta, sin constantes, toda ella en discurso indirecto, en la que el sintetizador y el instrumento hablan tanto como la voz, y la voz tiene un papel tan importante como el instrumento. No es que la música ya no sepa cantar, en un mundo devenido mecánico o atómico, sino más bien que un inmenso coeficiente de variación afecta y arrastra todas las partes fáticas, afáticas, lingüísticas, poéticas, instrumentales, musicales de un mismo agenciamiento sonoro –“un simple aullido que pasa por todos los grados” (Th. Mann)–. Los procedimientos de variación de la voz son numerosos, no sólo en el *sprechgesang* que no cesa de abandonar la altura, por una caída o por una subida, sino también en las técnicas de respiración circular, o bien de zonas de resonancia en las que varias voces parecen salir de la misma boca. Las lenguas

---

<sup>23</sup> Así, Labov tiende a definir su noción de “reglas variables o facultativæ”, por oposición a las reglas constantes: no simplemente una frecuencia constatada, sino una cantidad específica que marca la probabilidad de frecuencia o de aplicación de la regla (cf. *Le parler ordinaire*, ed. de Minuit, t. II, págs. 44 s.).



secretas adquieren aquí una gran importancia, tanto en la música erudita como en la popular. Los etnomusicólogos han descubierto casos extraordinarios, por ejemplo en Dahomey, en los que unas veces una primera parte diatónica vocal es sustituida por un descenso cromático en lengua secreta, que se desliza de un sonido a otro de forma continua, que modula un continuum sonoro con intervalos cada vez más pequeños, hasta llegar a un “parlando” en el que todos los intervalos desaparecen –y otras es la parte diatónica la que está invertida según los niveles cromáticos de una arquitectura en terrazas, estando a veces el canto interrumpido por el “parlando”, una simple conversación sin altura definida<sup>24</sup>-. Por otra parte, una de las características de las lenguas secretas, argots, jergas, lenguajes profesionales, cantinelas, gritos de vendedores, quizá sea la de no tener tanto valor por sus invenciones léxicas o sus figuras de retórica como por la manera que tienen de efectuar variaciones continuas en los elementos comunes de la lengua. Son lenguas cromáticas muy próximas a una notación musical. Una lengua secreta no sólo tiene una cifra o un código oculto que sigue procediendo por constantes y forma un subsistema; *también pone en estado de variación el sistema de las variables de la lengua pública*.

Esto es lo que nosotros querríamos decir: un cromatismo generalizado... Poner en variación continua elementos cualesquiera en una operación que quizá hará surgir nuevas distinciones, pero que no conserva ninguna como definitiva, como tampoco se da ninguna de antemano. Al contrario, en principio esta operación tiene que ver a la vez con la voz, la palabra, la lengua, la música. No hay ninguna razón para hacer distinciones previas y de principio. En general, la lingüística todavía no ha abandonado una especie de modo mayor, una especie de escala diatónica, un extraño gusto por las dominantes, las constantes y los universales. Entre tanto, todas las lenguas están en variación continua inmanente: ni sincronía ni diacronía, sino asincronía, cromatismo como estado variable y continuo de la lengua. A favor de una lingüística cromática, que dé al pragmatismo sus intensidades y valores.

Lo que se denomina un estilo, que puede ser la cosa más natural del mundo, es precisamente el procedimiento de una variación continua. Ahora bien, entre todos los dualismos instaurados por la lingüística, pocos hay menos fundados que el que separa la lingüística de la estilística: al no ser un estilo una creación psicológica individual, sino un agenciamiento de enunciación, no se le puede impedir que cree una lengua en la lengua. Supongamos una lista arbitraria de autores que nosotros amamos, citemos una vez más a Kafka, Beckett, Gherasim Luca, Jean-Luc Godard... Vemos que todos ellos están más o menos en la situación de un cierto bilingüismo: Kafka, judío checo que escribe en alemán, Beckett, irlandés que escribe a la vez en inglés y en francés, Luca, de origen rumano, Godard, y su voluntad de ser suizo. Pero eso sólo es una circunstancia, una eventualidad, y la eventualidad puede encontrarse en otra parte. Vemos también que muchos de ellos no sólo son escritores (Beckett y el teatro o la televisión, Godard y el cine, la televisión, Luca y sus máquinas audiovisuales): pues cuando se somete los elementos lingüísticos a un tratamiento de variación continua, cuando se introduce en el lenguaje una pragmática interna, uno se ve forzosamente abocado a tratar de la misma manera elementos no lingüísticos, gestos, instrumentos, como si los dos aspectos de la pragmática se unieran, en la misma línea de variación, en el mismo *continuum*. Es más, quizá sea del exterior de donde primero ha venido la idea, el lenguaje no ha hecho más que continuar, como en las fuentes necesariamente externas de un estilo. Pero lo esencial es que cada uno de esos autores tenga su procedimiento de variación, su cromatismo ampliado, su loca producción de velocidades y de intervalos. El tartamudeo creador de Gherasim Luca, en el poema *Passionément*.<sup>25</sup> Otro tartamudeo, el de Godard. En el teatro, los susurros sin altura definida de Bob Wilson, las variaciones ascendentes y descendentes de Carmelo Bene. Tartamudear es fácil, pero ser tartamudo del lenguaje es otro asunto, que pone en variación todos los elementos lingüísticos, e incluso los no lingüísticos, las variables de expresión y las variables de contenido. Una nueva forma de redundancia. Y... Y... Y... En el lenguaje siempre hubo una lucha entre el verbo “ser” y la conjunción “y”, entre *es* e *y*. Estos dos términos sólo aparentemente se entienden y se combinan, puesto que uno actúa en el lenguaje como constante y forma la escala diatónica de la lengua, mientras que el otro lo pone todo en variación, constituyendo las líneas de un cromatismo generalizado. De uno a otro, todo cambia. Más que nosotros, todos los que escriben en inglés o en americano fueron

---

<sup>24</sup> Cf. el artículo de GILBERT ROUGET, “Un chromatisme africain”, en *L’Homme*, septiembre 1961 (en el que se inserta el disco de los “Chants rituel Dahomey”).

<sup>25</sup> GHERASIM LUCA, *Le chant de la carpe*, ed. du Soleil noir; y el disco editado por Givaudan, en el que G. Luca recita el poema “Passionément”.

conscientes de esa lucha y de lo que en ella se dirimía, de la valencia del “y”<sup>26</sup>. Proust decía: “las obras maestras están escritas en una especie de lengua extranjera”. Es lo mismo que tartamudear, pero siendo tartamundo del lenguaje y no simplemente de la palabra. Ser extranjero, pero en su propia lengua, y no simplemente como alguien que habla una lengua que no es la suya. Ser bilingüe, multilingüe, pero en una sola y misma lengua, sin ni siquiera dialecto o *patois*. Ser un bastardo, un mestizo, pero por purificación de la raza. Ahí es donde el estilo crea lengua. Ahí es donde el lenguaje deviene intensivo, puro *continuum* de valores y de intensidades. Ahí es donde toda la lengua deviene secreta, y, sin embargo, no tiene nada que ocultar, en lugar de crear un subsistema secreto en la lengua. A ese resultado sólo se llega por sobriedad, sustracción creadora. La variación continua sólo tiene líneas ascéticas, un poco de hierba y de agua pura.

Se puede tomar cualquier variable lingüística, y hacerla variar en una línea continua necesariamente virtual entre dos estados de esa variable. Ya no estamos en la situación de los lingüistas que esperan que las constantes de la lengua experimenten una especie de mutación, o bien sufran el efecto de los cambios acumulados en la simple palabra. Las líneas de cambio o de creación forman parte, plena y directamente, de la máquina abstracta. Hjelmslev señalaba que una lengua implica necesariamente posibilidades inexploradas, y que la máquina abstracta debe incluir esas posibilidades o potencialidades<sup>27</sup>. Ahora bien, “potencial”, “virtual”, no se opone a real; al contrario, sólo la realidad de lo creativo, la puesta en variación continua de las variables, se opone a la determinación actual de sus relaciones constantes. Cada vez que trazamos una línea de variación, las variables son de tal o cual naturaleza, fonológica, sintáctica o gramatical, semántica, etc., pero la línea es pertinente, asintáctica o agramatical, asemántica, etc. La agramaticalidad, por ejemplo, ya no es un carácter contingente de la palabra que se opondrá a la gramaticalidad de la lengua, al contrario, es el carácter ideal de la línea el que pone las variables gramaticales en estado de variación continua. Reanudemos un análisis de Nicolás Ruwet, que concierne a ciertas expresiones singulares de Cummings, *he danced his did*, o *they went came*. Podemos reconstruir las variaciones por las que las variables gramaticales pasan virtualmente para llegar a tales expresiones agramaticales (*he did his dance*, *he danced his dance*, *he dance what he did... they went as they came*, *they went their way...*)<sup>28</sup>. A pesar de la interpretación estructural de Ruwet, no debe pensarse que la expresión atípica es producida por las formas correctas sucesivas. Más bien es ella la que produce la puesta en variación de las formas correctas, y las arranca de su estado de constantes. La expresión atípica constituye un máximo de desterritorialización de la lengua, desempeña el papel de *tensor*, es decir, hace que la lengua tienda hacia un límite de sus elementos, formas o nociones, hacia un más acá o un más allá de la lengua. El tensor efectúa una especie de transitivación de la frase, y hace que el último término actúe sobre el precedente, remontando toda la cadena. Asegura un tratamiento intensivo y cromático de la lengua. Una expresión tan simple como *Y...* puede desempeñar el papel de tensor a través de todo el lenguaje. En ese sentido, *Y* no es tanto una conjunción como la expresión atípica de todas las conjunciones posibles que ella pone en variación continua. El tensor tampoco se deja reducir a una constante ni a una variable, sino que asegura la variación de la variable al sustraer cada vez el valor de la constante (n-1). Los tensores no coinciden con ninguna categoría lingüística; sin embargo, son valores pragmáticos esenciales tanto de los agenciamientos de enunciación como de los discursos indirectos<sup>29</sup>.

A veces se piensa que esas variaciones no expresan el trabajo ordinario de la creación en la lengua, y permanecen marginales, reservadas a los poetas, a los niños y a los locos. Es porque se quiere definir la máquina abstracta por constantes, que como consecuencia sólo secundariamente pueden ser modificadas por un efecto

---

<sup>26</sup> El “y”, *and*, tiene un papel particularmente importante en la literatura inglesa, no sólo en función del Antiguo Testamento, sino de las “minorías” que trabajan la lengua: citemos, entre otros, el caso de Synge (cf. las observaciones de François Regnault sobre la coordinación en anglo-irlandés, traducción del *Baladin du monde occidental*, Bibl. du Graphe). No hay que contentarse con analizar el “y” como una conjunción; más bien es una forma muy especial de toda posible conjunción, y que pone en juego una lógica de la lengua. En la obra de Jean Wahl puede encontrarse una profunda meditación sobre ese sentido del “y”, sobre su manera de poner en tela de juicio la primacía del verbo ser.

<sup>27</sup> HJELMSLEV, *Le langage*, ed. de Minuit, págs. 63 s. (trad. cast., ed. Gredos).

<sup>28</sup> NICOLAS RUWET, “Parallélisme et déviations en poésie”, en *Langue, discours, société*, ed. du Seuil. Ruwet analiza el poema 29 en los *Fifty Poems* de Cummings; da una interpretación restringida y estructuralista de ese fenómeno de variación, invocando para ello la noción de “paralelismo”; en otros textos, disminuye el alcance de esas variaciones al relacionarlas con ejercicios marginales que no conciernen a los verdaderos cambios en la lengua; no obstante, su propio comentario nos parece que va más allá de todas esas restricciones de interpretación.

<sup>29</sup> Cf. VIDAL SEPHIHA, “Introduction à l’étude de l’intensif”, *Langages*, marzo 1973. Es uno de los primeros estudios sobre las tensiones y variaciones atípicas del lenguaje, tal y como aparecen, sobre todo, en las lenguas menores.

acumulativo o mutación sintagmática. Pero la máquina abstracta de la lengua no es universal ni siquiera general, es singular; no es actual, sino virtual-real; no tiene reglas obligatorias o invariables, sino reglas facultativas que varían sin cesar con la propia variación, como en un juego en el que en cada tirada estaría en juego la regla. De ahí la complementariedad de las máquinas abstractas y de los agenciamientos de enunciación, la presencia de las unas en los otros. Pues la máquina abstracta es como el diagrama de un agenciamiento. Traza las líneas de variación continua, mientras que el agenciamiento concreto se ocupa de las variables, organiza sus diversas relaciones en función de esas líneas. El agenciamiento regula las variables a tal o tal nivel de variación, según tal o tal grado de desterritorialización, para determinar cuales entrarán en relaciones constantes u obedecerán a reglas obligatorias, y cuales servirán, por el contrario, de materia fluente para la variación. Pero de ahí no hay que concluir que el agenciamiento sólo opone una cierta resistencia o inercia a la máquina abstracta; pues incluso las “constantes” son esenciales para la determinación de las virtualidades por las que la variación pasa, también ellas son facultativamente elegidas. A un determinado nivel hay contención y resistencia, pero a otro nivel del agenciamiento tan sólo hay un vaivén entre los diversos tipos de variables, pasillos recorridos en los dos sentidos: las variables efectúan todas a la vez la máquina según el conjunto de sus relaciones. No cabe, pues, distinguir una lengua colectiva y constante, y actos de palabra, variables e individuales. La máquina abstracta siempre es singular, siempre viene designada por un nombre propio, de grupo o de individuo, mientras que el agenciamiento de enunciación siempre es colectivo, tanto en el individuo como en el grupo. Máquina abstracta Lenin y agenciamiento colectivo-bolchevique... Y lo mismo ocurre en literatura y en música. Ninguna primacía del individuo, sino indisolubilidad de un Abstracto singular y de un Concreto colectivo. Ni la máquina abstracta existe independientemente del agenciamiento, ni el agenciamiento funciona independientemente de la máquina.

#### ***IV. Sólo se podría estudiar científicamente la lengua bajo las condiciones de una lengua mayor o standard***

Puesto que nadie ignora que una lengua es una realidad variable heterogénea, ¿qué significa la exigencia de los lingüistas de elaborar un sistema homogéneo que haga posible su estudio científico? Se trata de extraer de las variables un conjunto de constantes, o de determinar relaciones constantes entre las variables (esto ya se ve muy claro en la conmutatividad de los fonólogos). Pero el modelo lingüístico por el que la lengua deviene objeto de estudio se confunde con el modelo político por el que la lengua está de por sí homogeneizada, centralizada, standarizada, lengua de poder, mayor o dominante. Por más que el lingüista invoque la ciencia, tan sólo la ciencia pura, esa no sería la primera vez que el orden de la ciencia vendría a garantizar las exigencias de otro orden. ¿Qué es la gramaticalidad el signo S, el símbolo categorial que domina los enunciados? Es un marcador de poder antes de ser un marcador sintáctico, los árboles chomiskyanos establecen relaciones constantes entre variables de poder. Formar frases gramaticalmente correctas es, para el individuo normal, la condición previa a toda sumisión a las leyes sociales. Nadie puede ignorar la gramaticalidad, los que la ignoran dependen de instituciones especiales. La unidad de una lengua es fundamentalmente política. No hay lengua madre, sino toma de poder por una lengua dominante, que unas veces avanza sobre un amplio frente, y otras se abate simultáneamente sobre diversos centros. Se pueden concebir distintas maneras de homogeneizarse una lengua, de centralizarse: la manera republicana no es forzosamente la misma que la real, y no es la menos dura<sup>30</sup>. Pero la empresa científica de extraer constantes y relaciones constantes siempre va acompañada de la empresa política de imponerlas a los que hablan, de transmitir consignas.

---

<sup>30</sup> Sobre las extensiones y difusiones de los estados de lengua, unas veces en “mancha de aceite”, otras en forma de “tropas aereotransportadas”, cf. BERTIL MALMBERG, *Les nouvelles tendances de la linguistique*, P.U.F., cap. III (trad. cast. ed. Siglo XXI) (donde se invocan importantes estudios de N. Lindqvist sobre la dialectología). Se necesitarían estudios comparativos relacionados con la manera en que se efectúan las homogeneizaciones y centralizaciones de tal y tal lengua mayor. A este respecto, la historia lingüística del francés no es en absoluto la misma que la del inglés; la relación con la escritura como forma de homogeneización tampoco es la misma. Para el francés, lengua centralizada por excelencia, nos remitiremos al análisis de M. DE CERTEA, D. JULIA, J. REVEL, *Une politique de la langue*, Gallimard. Este análisis se refiere a un período muy corto, al final del siglo XVIII, en torno al abad Gregoire y, no obstante, señala dos momentos distintos: uno en el que la lengua central se opone a los dialectos rurales, como la ciudad al campo, la capital a la provincia; otro, en el que se opone a los “idiomas feudales”, pero también al lenguaje de los emigrados, como la Nación se opone a todo lo que le es extranjero o enemigo (págs. 160 s.: “También es evidente que el rechazo de los dialectos es el resultado de una incapacidad técnica para captar leyes estables en la oralidad o en los dialectos regionales”).

Speak white and loud  
oui quelle admirable langue  
pour embaucher  
donner des ordres  
fixer l'heure de la mort à l'ouvrage  
et de la pause qui rafraîchit...

¿Habría, pues, que distinguir dos tipos de lenguas, “altas” y “bajas”, mayores y menores? Unas se definirían precisamente por el poder de las constantes, las otras por la potencia de la variación. No queremos simplemente oponer la unidad de una lengua mayor a una multiplicidad de dialectos. Cada dialecto presenta más bien una zona de transición y de variación, o mejor, cada lengua menor presenta una zona de variación específicamente dialectal. Según Malmberg, en los mapas de dialectos raramente aparecen fronteras bien definidas, sino zonas limítrofes y transicionales, zonas de indiscernibilidad. También se dice que la “lengua québécoise es tan rica en modulaciones y variaciones de acentos regionales y juegos de acentos tónicos que a veces parece, y no es una exageración, que estaría mejor preservada por la notación musical que por cualquier sistema ortográfico”<sup>31</sup>. La misma noción de dialecto es bastante dudosa. Y además es relativa, puesto que hay que saber con relación a qué lengua mayor ejerce su función: por ejemplo, la lengua *québécoise* no sólo se evalúa con relación a un francés standard, sino también con relación al inglés mayor del que toma prestado todo tipo de elementos fonéticos y sintácticos para hacerlos variar. Los dialectos bantúes no sólo se evalúan con relación a una lengua madre, sino también con relación al *afrikaans* como lengua mayor, y al inglés como lengua contra-mayor preferida por los negros<sup>32</sup>. En resumen, la noción de dialecto no clarifica la de lengua menor, sino a la inversa, la lengua menor define dialectos gracias a sus propias posibilidades de variación. ¿Habría, pues, que distinguir entre lenguas mayores y lenguas menores, bien basándose en la situación regional de un bilingüismo o de un multilingüismo que implica como mínimo una lengua dominante y una lengua dominada, bien considerando una situación mundial que proporciona a ciertas lenguas un poder imperialista con relación a otras (por ejemplo el papel actual del anglo-americano)?

Dos razones al menos nos impiden adoptar ese punto de vista. Como señala Chomsky, un dialecto, una lengua de ghetto, una lengua menor no escapa a las condiciones de un tratamiento que obtiene de ella un sistema homogéneo y extrae de ella constantes: el *black-english* tiene una gramática propia que no se define como una suma de faltas o de infracciones respecto al inglés standard, pero precisamente esta gramática sólo puede ser considerada si se le aplican las mismas reglas de estudio que las del inglés standard. En ese sentido, las nociones de mayor y de menor no parecen tener ningún interés lingüístico. El francés, al perder su función mayor mundial, no pierde nada de su constancia y de su homogeneidad, de su centralización. El *afrikaans*, por el contrario, ha logrado su homogeneidad cuando era una lengua localmente menor en lucha contra el inglés. Incluso y sobre todo políticamente, no se ve claro cómo los partidarios de una lengua menor pueden actuar si no es proporcionándole, aunque sólo sea por medio de la escritura, la constancia y la homogeneidad que la convierten en una lengua localmente mayor capaz de forzar el reconocimiento oficial (de ahí el papel político de los escritores que defienden los derechos de una lengua menor). Ahora bien, diríase, que el argumento contrario es aún más válido: cuanto más una lengua tiene o adquiere las características de una lengua mayor, más trabajada está por variaciones continuas que la convierten en “menor”. Es inútil criticar el imperialismo mundial de una lengua denunciando las corrupciones que introduce en otras lenguas (por ejemplo, la crítica de los puristas contra la influencia inglesa, la denuncia *poujadiste* o académica del “franglés”): pues una lengua, como el inglés, el americano, no es mundialmente mayor sin estar trabajada por todas las minorías del mundo, con procedimientos de variación muy diversos. La forma en que el gaélico, el anglo-irlandés, hace variar el inglés. La forma en que el *black-english* y tantos otros “ghettos” hacen variar el americano, hasta el extremo de que Nueva York es casi una ciudad sin lengua. (Es más, el americano no se ha *constituido*, en sus diferencias con el inglés, sin ese trabajo lingüístico de las minorías). O bien la situación lingüística en el antiguo Imperio Austro-Húngaro: el alemán no es lengua mayor con relación a las minorías sin sufrir por su parte un tratamiento que lo

<sup>31</sup> Cf. MICHÉLE LALONDE en *Change*, n.º 30, donde se encuentra el poema precedente “Speak White”, y a la vez un manifiesto sobre la lengua de Quebec.

<sup>32</sup> Sobre la situación compleja del *afrikans*, el hermoso libro de BREYTEN BREYTENBACH, *Feu froid*, Bourgois: el estudio de G. M. Lory (págs. 101-107) pone de manifiesto la empresa de Breytenbach, la violencia de su tratamiento poético del lenguaje, su voluntad de ser “bastardo, con una lengua bastarda”.

convierte en una lengua menor respeto al alemán de los alemanes. No hay lengua que no tenga sus propias minorías internas, endógenas, intralingüísticas. Como consecuencia, desde el punto de vista más general de la lingüística, la posición de Chomsky y la de Labov no cesan de estar comprendidas la una en la otra, y de intercambiarse. Chomsky puede decir que una lengua incluso menor, dialectal o de ghetto, no puede estudiarse al margen de las condiciones que extraen de ella invariantes, y que eliminan las variables “extrínsecas o mixtas”; y Labov responder que una lengua, incluso mayor y standard, no puede estudiarse independientemente de las variaciones “inherentes”, que no son precisamente ni mixtas ni extrínsecas. *No lograréis un sistema homogéneo que no esté todavía o ya trabajado por una variación inmanente, continua y regulada* (¿por qué Chomsky hace como si no entendiera?).

No hay, pues, dos tipos de lenguas, sino dos tratamientos posibles de una misma lengua. Unas veces se trata las variables para extraer de ellas constantes y relaciones constantes; otras, para ponerlas en estado de variación continua. Nosotros, a veces, hemos cometido la equivocación de hacer como si las constantes existiesen al lado de las variables, constantes lingüísticas al lado de variables de enunciación: lo hacíamos únicamente por comodidad de exposición. Pues es evidente que las constantes están sacadas de las propias variables; los universales no tienen más existencia en sí en la lingüística que en la economía, y siempre se deducen de una universalización o de una uniformización que tienen por objeto las variables. *Constante no se opone a variable*, es un tratamiento de la variable que se opone al otro tratamiento, al de la variación continua. Las llamadas reglas obligatorias corresponden al primer tratamiento, mientras que las reglas facultativas conciernen a la construcción de un *continuum* de variación. Es más, un cierto número de categorías o distinciones no pueden ser invocadas, no son aplicables ni objetables, puesto que ya suponen el primer tratamiento y están totalmente subordinadas a la búsqueda de las constantes: por ejemplo la lengua en tanto que se la opone a la palabra; la sincronía, a la diacronía; la *competance*, a la *performance*; los rasgos distintivos, a los rasgos no distintivos (o secundariamente distintivos). Pues los rasgos no distintivos, pragmáticos, estilísticos, prosódicos, no sólo son variables omnipresentes que se distinguen de la presencia o de la ausencia de una constante, elementos sobrelineales y “suprasegmentarios” que se distinguen de los elementos segmentarios lineales: sus mismas características los capacitan para poner todos los elementos de la lengua en estado de variación continua –por ejemplo la acción del tono sobre los fonemas, del acento sobre los morfemas, de la entonación sobre la sintaxis. No son, pues, rasgos secundarios, sino otro tratamiento de la lengua, que ya no depende de las categorías precedentes.

“Mayor” y “menor” no cualifican dos lenguas, sino dos usos o funciones de la lengua. El bilingüismo tiene sin duda un valor ejemplar, pero, una vez más, por simple comodidad. Sin duda, en el Imperio Austro-Húngaro, el checo es una lengua menor con relación al alemán; pero el alemán de Praga funciona ya como lengua potencialmente menor con relación al de Viena o de Berlín; y Kafka, judío checo que escribe en alemán, somete al alemán a un tratamiento creador de lengua menor, construyendo un *continuum* de variación, ajustando todas las variables para, a la vez, limitar las constantes y extender las variaciones: hacer tartamudear la lengua, hacerla “piar”..., desplegar tensores en toda la lengua, incluso escrita, y obtener de ella gritos, chillidos, alturas, duraciones, timbres, acentos, intensidades. A menudo, se han señalado dos tendencias conjuntas de las llamadas lenguas menores: un empobrecimiento, una degradación de las formas, sintácticas o léxicas; pero al mismo tiempo una curiosa proliferación de efectos cambiantes, un gusto por la sobrecarga y la paráfrasis. Esto es aplicable tanto al alemán de Praga como al *black-english* o al *québécoise*. Ahora bien, salvo raras excepciones, la interpretación de los lingüistas ha sido más bien malévola, al invocar una pobreza y una preciosidad consustanciales. De hecho, la pretendida pobreza es una restricción de las constantes, y la sobrecarga, una extensión de las variaciones, para desplegar un continuum que arrastra todos los componentes. Esa pobreza no es una carencia, sino un vacío o una elipse que hacen que rodee una constante sin comprometerse con ella, que se la aborde por encima o por debajo sin instalarse en ella. Y esa sobrecarga no es un figura simbólica, es una paráfrasis cambiante que habla de la presencia ilocalizada de un discurso indirecto en el seno de todo enunciado. En ambos casos, asistimos a un rechazo de las referencias, a una disolución de la forma constante en beneficio de las diferencias de dinámica, Y cuanto más una lengua entra en ese estado, más próxima está no sólo de una notación musical, sino de la propia música<sup>33</sup>.

<sup>33</sup> Sobre el doble aspecto de las lenguas menores, pobreza-elipsis, sobrecarga-variación, nos remitiremos a un cierto número de análisis ejemplares: el que Wagenbach hace del alemán de Praga a comienzos del siglo XX (*Franz Kafka, années de jeunesse*, Mercure de France); el de Pasolini, mostrando que el italiano no está construido sobre un nivel standard o medio, sino que se ha desarrollado en dos direcciones simultáneas, “hacia lo bajo y hacia lo alto”, material simplificado y

Sustraer y poner en variación, suprimir y poner en variación, es una sola y misma operación. Las lenguas menores no se caracterizarían por una pobreza y una sobrecarga con relación a una lengua mayor o standard. Hay una sobriedad y una variación que son como un tratamiento menor de la lengua standard, un devenir menor de la lengua mayor. El problema no es el de una distinción entre lengua mayor y lengua menor, sino el de un devenir. La cuestión no es reterritorializarse en un dialecto o en un patois, sino desterritorializar la lengua mayor. Los negros americanos no oponen el *black* al *english*, sino que hacen con el americano, que es su propia lengua, un *black-english*. Las lenguas menores no existen en sí mismas: sólo existen con relación a una lengua mayor, también son *investissements* de esa lengua para que devenga menor. Cada uno debe encontrar la lengua menor, dialecto o más bien idiolecto, a partir de la cual convertirá en menor su propia lengua mayor. Tal es la fuerza de los autores llamados “menores”, y que son los más grandes, los únicos verdaderamente grandes: tener que conquistar su propia lengua, es decir, alcanzar esa sobriedad en el uso de la lengua mayor que les permite ponerla en estado de variación continua (lo contrario de un regionalismo). Uno es bilingüe o multilingüe en su propia lengua. Conquistar la lengua mayor para trazar en ella lenguas menores todavía desconocidas. Utilizar la lengua menor para *hacer huir* la lengua mayor. Un autor menor es aquél que es extranjero en su propia lengua. Si es bastardo, si se vive como bastardo, no es por combinación o mezcla de lenguas, sino más bien por sustracción y variación de la suya, a fuerza de desplegar en ella tensores.

La noción de minoría, con sus referencias musicales, literarias, lingüísticas, pero también jurídicas, políticas, es una noción muy compleja. Minoría y mayoría no sólo se oponen de forma cuantitativa. Mayoría implica una constante, de expresión o de contenido, como un metro-patrón con relación al cual se evalúa. Supongamos que la constante o el patrón sea Hombre-blanco-macho-adulto-urbano-hablando una lengua standard-europeo-heterosexual cualquiera (el Ulises de Joyce o de Ezra Pound). Es evidente que “el hombre” tiene la mayoría, incluso si es menos numeroso que los mosquitos, los niños, las mujeres, los negros, los campesinos, los homosexuales..., etc. Y la tiene porque aparece dos veces, una vez en la constante, otra en la variable de la que se extrae la constante. La mayoría supone un estado de poder y de dominación, y no a la inversa. Supone el metro-patrón y no a la inversa. Incluso el marxismo “ha traducido casi siempre la hegemonía desde el punto de vista del obrero nacional, cualificado, macho y de más de treinta y cinco años”<sup>34</sup>. Cualquier determinación distinta de la constante será, pues, considerada como minoritaria, por naturaleza y cualquiera que sea su número, es decir, será considerada como un subsistema o como fuera del sistema. Se ve con toda claridad en todas las operaciones, electorales u otras, en las que se os da a elegir, a condición de que vuestra elección sea conforme a los límites de la constante (“no tenéis que elegir un cambio de sociedad...”). Pero, en ese punto, todo se invierte. Pues la mayoría, en la medida en que está analíticamente comprendida en el patrón abstracto, nunca es nadie, siempre es Alguien –Ulises–, mientras que la minoría es el devenir de todo el mundo, su devenir potencial en tanto que se desvía del modelo. Hay un “hecho” mayoritario, pero es el hecho analítico de Alguien, que se opone al devenir minoritario de todo el mundo. Por eso hay que distinguir: lo mayoritario como sistema homogéneo y constante, las minorías como subsistemas, y lo minoritario como devenir potencial y creado, creativo. El problema nunca es adquirir la mayoría, incluso instaurando una nueva constante. No hay devenir mayoritario, mayoría nunca es un devenir. El devenir siempre es minoritario. Las mujeres, cualquiera que sea su número, son una minoría, definible como estado o subconjunto; pero sólo crean si hacen posible un devenir, que no es propiedad suya, en el que ellas mismas deben entrar, un devenir-mujer que concierne al hombre en su totalidad, al conjunto de hombres y mujeres. Y lo mismo sucede con las lenguas menores: no son simplemente sublenguas, idiolectos o dialectos, sino agentes potenciales para hacer entrar la lengua mayor en un devenir minoritario de todas sus dimensiones, de todos sus elementos. Así pues, habrá que distinguir: lenguas menores, la lengua mayor, y el devenir-menor de la lengua mayor. Por supuesto, las minorías son estados objetivamente definibles, estados de lengua, de etnia, de sexo, con sus territorialidades de ghetto; pero también deben ser

---

exageración expresiva (*L'expérience hérétique*, Payot, págs. 46-47); la de J. L. Dillard, poniendo de manifiesto la doble tendencia del *black-english*: por un lado omitir, perder o desembarazarse; por otro, sobrecargar, elaborar un “fancy talk” (*Black-english*, Vintage Book, New York). Como lo señala Dillard, no hay ninguna inferioridad con relación a un lengua standard, sino correlación de dos movimientos que escapan necesariamente al nivel standard de la lengua. Siempre a propósito del *black-english*, LeRoi Jones muestra hasta que punto esas dos direcciones conjuntas acercan la lengua a la música (*Le peuple du blues*, Gallimard, págs. 44-45 y todo el capítulo III). De forma más general, no hay que olvidar el análisis que Pierre Boulez hace de un doble movimiento musical, disolución de la forma, sobrecargar o proliferación dinámicas: *Par volonté et par hasard*, ed. du Seuil, págs. 22-24.

<sup>34</sup> YANN MOULIER, prefacio a *Ouvriers et Capital*, de Mario Tronti, Bourgois.

consideradas como gérmenes, cristales de devenir, que sólo son válidos si desencadenan movimientos incontrolados y desterritorializaciones de la media o de la mayoría. Por eso Pasolini mostraba que lo esencial, precisamente en el discurso indirecto libre, no estaba ni en una lengua A, ni en una lengua B, sino “en una lengua X, que no es otra que la lengua A deviniendo realmente una lengua B”<sup>35</sup>. Hay una figura universal de la conciencia minoritaria, como devenir de todo el mundo, y es ese devenir el que es creación. Pero no se consigue adquiriendo la mayoría. Esa figura es precisamente la variación continua, como una amplitud que no cesa de desbordar por exceso y por defecto el umbral representativo del patrón mayoritario. Erigiendo la figura de una conciencia universal minoritaria, uno se dirige a potencias de devenir que pertenecen a otro dominio que el del Poder y la Dominación. La variación continua constituye el devenir minoritario de todo el mundo, por oposición al Hecho mayoritario de Alguien. El devenir minoritario como figura universal de la conciencia se llama autonomía. Por supuesto, no se deviene revolucionario utilizando una lengua menor como dialecto, haciendo regionalismo o ghetto; utilizando muchos elementos de minoría, conectándolos, conjugándolos, se inventa un devenir específico autónomo, imprevisto<sup>36</sup>.

El modo mayor y el modo menor son dos tratamientos de la lengua: uno consiste en extraer constantes, el otro en ponerlas en variación continua. Pero, en la medida en que la consigna es la variable de enunciación que efectúa la condición de la lengua, y define el uso de los elementos según uno u otro tratamiento, no queda más remedio que volver a la consigna como al único “metalenguaje” capaz de dar cuenta de esa doble dirección, de ese doble tratamiento de las variables. Si el problema de las funciones del lenguaje está generalmente mal planteado es porque se deja de lado esa variable-consigna que se atribuye todas las posibles funciones. Conforme a las indicaciones de Canetti, podemos partir de la situación pragmática siguiente: la consigna es sentencia de muerte, siempre implica ese tipo de sentencia, incluso si es muy suave, si ha devenido simbólica, iniciática, temporal..., etc. La consigna aporta una muerte directa al que recibe la orden, o bien una muerte eventual si no obedece, o bien una muerte que él mismo debe infligir, propagar. Una orden del padre a su hijo, “harás esto”, “no harás aquello”, es inseparable de la pequeña sentencia de muerte que el hijo experimenta en un punto de su persona. Muerte, muerte, tal es el único juicio, y lo que convierte el juicio en un sistema. Verdicto. *Pero la consigna también es otra cosa*, inseparablemente ligada a ella: como un grito de alarma o un mensaje de fuga. Sería muy simple decir que la fuga es una reacción contra la consigna; más bien está incluida en ella, en un agenciamiento complejo, como su otra cara, su otra componente. Canetti invoca con razón el rugir del león, que anuncia a un tiempo la fuga y la muerte<sup>37</sup>. La consigna tiene dos tonos. El profeta recibe las consignas tanto emprendiendo la huida como deseando la muerte: el profetismo judío ha unido el deseo de estar muerto y el impulso de huida a la consigna divina.

Pues bien, si consideramos el primer aspecto de la consigna, es decir, la muerte como el expresado del enunciado, vemos perfectamente que corresponde a las exigencias precedentes: por más que la muerte se esfuerce en concernir esencialmente a los cuerpos, en atribuirse a los cuerpos, en realidad debe a su inmediatez, a su instantaneidad, el carácter auténtico de una transformación incorporal. Lo que la precede y lo que la sigue pueden ser un largo sistema de acciones y de pasiones, un lento trabajo de los cuerpos; en sí misma, la muerte no es ni acción ni pasión, sino puro acto, pura transformación que la enunciación une con el enunciado, sentencia. Este hombre está muerto... Tú ya estás muerto cuando recibes la consigna... En efecto, la muerte es en todas partes como esa frontera infranqueable, ideal, que separa los cuerpos, sus formas y sus estados, y como la condición, incluso iniciática, incluso simbólica, por la que un sujeto debe pasar para cambiar de forma o de estado. En ese sentido, Canetti habla de la “enantiomorfosis”: un régimen que remite a un Amo inmutable e hierático, que siempre legisla mediante constantes, que prohíbe o limita estrictamente las metamorfosis, que fija a las figuras contornos definidos y estables, que oprime las formas de dos en dos, que para pasar la una a la otra impone la muerte a los sujetos. Un cuerpo siempre se separa y se distingue de otro por algo incorporal. En tanto

---

<sup>35</sup> P. P. PASOLINI, *L'expérience hérétique*, pág. 62.

<sup>36</sup> Cf. El manifiesto del “collectif Stratégie” a propósito de la lengua de Quebec, en *Change*, n.º 30: denuncia “el mito de la lengua subversiva”, como si fuera suficiente con un estado de minoría para tener una posición revolucionaria (“esa concepción mecanicista tiene que ver con una concepción populista de la Lengua (...) No porque un individuo hable la lengua de la clase obrera tiene necesariamente las posiciones de esa clase. (...) La tesis según la cual el *joual* posee una fuerza subversiva, contra-cultural, es perfectamente idealista”, pág. 188).

<sup>37</sup> ELIAS CANETTI, *Masse et puissance*. (Cf. los dos capítulos esenciales corresponden a los dos aspectos de la consigna, “la orden” y la metamorfosis”; y sobre todo, págs. 332-333, la descripción del peregrinaje a La Meca, con su doble aspecto codificado, petrificación mortuoria y fuga pánico).

que es el límite de un cuerpo, la figura es el atributo no corporal que lo limita y acaba: la Figura es la muerte. Por una muerte un cuerpo se acaba no sólo en el tiempo, sino en el espacio, y sus líneas forman, rodean un contorno. Así como hay tiempos muertos, también hay espacios Muertos. “La repetición de la enantiomorfosis conduce a una reducción del mundo (...); las prohibiciones sociales de metamorfosis quizá sean las más importantes de todas (...). La muerte es lo que se interpone entre las clases, la más estricta de todas las fronteras”. En un régimen de este tipo, todo nuevo cuerpo exige la creación de una forma oponible, así como la formación de sujetos distintos: la muerte es la transformación general incorporal que se atribuye a todos los cuerpos desde el punto de vista de sus formas y de sus sustancias (por ejemplo, el cuerpo del Partido no se separará sin una operación de enantiomorfosis y sin la formación de nuevos militantes que suponen la eliminación de una primera generación).

Bien es verdad que nosotros invocamos aquí consideraciones de contenido tanto como de expresión. En efecto, en el mismo momento en que los dos planos se diferencian al máximo, como el régimen de cuerpos y el régimen de signos en un agenciamiento, todavía siguen remitiendo a su presuposición recíproca. La transformación incorporal es el expresado de las consignas, pero también el atributo de los cuerpos. No sólo las variables lingüísticas de expresión, sino también las variables no lingüísticas de contenido entran respectivamente en relaciones de oposición o de distinción formales, aptas para extraer constantes. Como indica Hjelmslev, una expresión se divide en unidades fónicas, por ejemplo, de la misma manera que un contenido se divide en unidades físicas, zoológicas o sociales (“buey” se divide en bovino-macho-joven)<sup>38</sup>. La red de binaridades, de arborescencias, tiene valor tanto de un lado como de otro. No hay, sin embargo, ninguna semejanza ni correspondencia o conformidad analíticas entre los dos planos. Pero su independencia no excluye el isomorfismo, es decir, la existencia de un mismo tipo de relaciones constantes tanto de un lado como de otro. Y ese tipo de relaciones hace que desde el principio los elementos lingüísticos y no lingüísticos sean inseparables, a pesar de su falta de correspondencia. Los elementos de contenido van a proporcionar contornos definidos a la mezcla de cuerpos, y al mismo tiempo los elementos de expresión van a proporcionar un poder de sentencia o de juicio a los expresados no corporales. Todos estos elementos tienen grados de abstracción y de desterritorialización diferentes, pero en cada caso efectúan una reterritorialización del conjunto del agenciamiento, en tales consignas y tales contornos. Ese es incluso el sentido de la doctrina del juicio sintético: haber mostrado que existía una relación a priori entre la Sentencia y la Figura, entre la forma de expresión y la forma de contenido.

Pero, si consideramos el otro aspecto de la consigna, la fuga y no la muerte, vemos que las variables entran en ella en un nuevo estado, el de la variación continua. El paso al límite aparece ahora como la transformación incorporal, que no cesa, sin embargo, de atribuirse a los cuerpos: la única manera, no de suprimir la muerte, sino de reducirla o de convertirla en una variación. El lenguaje es empujado por ese movimiento que lo hace tender hacia sus propios límites y, a la vez, los cuerpos se ven atrapados en el movimiento de la metamorfosis de su contenido, o en la exhaustividad que les hace alcanzar o superar el límite de sus figuras. Aquí cabría oponer las ciencias menores a las ciencias mayores: por ejemplo, la progresión de la línea quebrada hacia la curva, toda una geometría operativa del trazo y del movimiento, una ciencia pragmática de las puestas en variación, que procede de forma distinta que la ciencia mayor o real de las invariantes de Euclides, y que pasa por una larga historia de suspicacia e incluso de represión (más adelante volveremos sobre esta cuestión). El más pequeño intervalo siempre es diabólico: el amo de las metamorfosis se opone al rey hierático invariante. Es como si una materia intensa se liberase, un *continuum* de variación, aquí en los tensores internos de la lengua, allá en las tensiones internas de contenido. La idea del más pequeño intervalo no se establece entre figuras de la misma naturaleza, sino que implica al menos la curva y la recta, el círculo y la tangente. Asistimos a una transformación de las sustancias y a una disolución de las formas, paso al límite o fuga de contornos, en provecho de las fuerzas fluidas, de los flujos, del aire, de la luz, de la materia que hacen que un cuerpo o una palabra no se detengan en ningún punto preciso. Potencia incorporal de esa materia intensa, potencia material de esa lengua. Una materia más inmediata, más fluida y ardiente que los cuerpos y las palabras. En la variación continua, ni siquiera cabe distinguir una forma de expresión y una forma de contenido, sino dos planos incluso inseparables en presuposición recíproca. Ahora, la relatividad de su distinción se ha realizado plenamente en el

---

<sup>38</sup> Hemos visto que Hjelmslev imponía una condición restrictiva, la de asimilar el plano de contenido a una especie de “significado”. Por eso se le puede objetar que el análisis del contenido, tal y como él lo propone, tiene que ver menos con la lingüística que con otras disciplinas, la zoología, por ejemplo (así MARTINET; *La linguistique*, Donoël, pág. 353) (trad. cast., ed. Anagrama). Pero esta objeción nos parece que va únicamente contra la condición restrictiva de Hjelmslev.



plano de consistencia en el que la desterritorialización deviene absoluta, arrastrando el agenciamiento. Sin embargo, absoluto no significa indiferenciado: las diferencias, devenidas “infinitamente pequeñas”, se producirán en una sola y misma materia que servirá de expresión como potencia incorporal, pero igualmente de contenido como corporeidad sin límites. Las variables de contenido y de expresión ya no están en la relación de presuposición que todavía supone dos formas: la puesta en variación continua de las variables efectúa más bien el acercamiento de las dos formas, la conjunción de los máximos de desterritorialización tanto de un lado como de otro, en el plano de una misma materia liberada, sin figuras, deliberadamente no formada, que sólo retiene precisamente esos máximos, esos tensores o esas tensiones tanto en la expresión como en el contenido. Los gestos y las cosas, las voces y los sonidos, son incluidos en la misma “ópera”, arrastrados por los efectos cambiantes de tartamudeo, de vibrato, de trémolo y de exuberancia. Un sintetizador pone en variación continua todos los parámetros y hace que, poco a poco, “elementos profundamente heterogéneos acaben de alguna manera por convertirse el uno en el otro”. Hay materia común desde el momento en que se produce esta conjunción. Sólo ahí se alcanza la máquina abstracta o el diagrama del agenciamiento. El sintetizador ha sustituido al juicio, de la misma manera que la materia ha sustituido a la figura o sustancia formada. Ni siquiera conviene ya agrupar por un lado intensidades energéticas, físico-químicas, biológicas, y por otro intensidades semióticas, informativas, lingüísticas, estéticas, matemáticas..., etc. La multiplicidad de los sistemas de intensidades se conjuga, se rizomatiza en la totalidad del agenciamiento, desde el momento en que es arrastrado por esos vectores o tensiones de fuga. Pues el problema no era, cómo escapar a la consigna, sino cómo escapar a la sentencia de muerte que encierra, cómo desarrollar su capacidad de fuga, cómo impedir que la fuga se transforme en lo imaginario, o caiga en un agujero negro, cómo mantener o liberar la potencia revolucionaria de una consigna. Hofmannsthal se lanza a sí mismo la consigna “¡Alemania, Alemania!”: necesidad de reterritorializarse incluso en un “espejo melancólico”. Pero, bajo esa consigna, oye otra: como si las viejas “figuras” alemanas fuesen simples constantes que ahora desapareciesen para indicar una relación con la naturaleza, con la vida, tanto más profunda cuanto que es más variable –¿en qué caso esa relación con la vida debe ser un endurecimiento, en qué caso una sumisión, en qué momento se trata de rebelarse, en qué momento rendirse, o bien ser imposible, y cuándo hace falta una palabra seca, cuándo hace falta una exuberancia o un pasatiempo?<sup>39</sup>. Cualesquiera que sean los cortes o las rupturas, sólo la variación continua liberará esa línea virtual, ese *continuum* virtual de la vida, “el elemento esencial o lo real tras lo cotidiano”. En una película de Herzog, hay un enunciado espléndido. Haciéndose una pregunta, el personaje de la película dice: ¿quién dará una respuesta a esta respuesta? En efecto, no hay pregunta, siempre se responde a respuestas. A la respuesta ya contenida en una pregunta (interrogatorio, concurso, plebiscito, etc.) se opondrán preguntas que proceden de otra respuesta. De la consigna se extraerá una consigna. En la consigna, la vida debe responder a la respuesta de la muerte, no huyendo, sino haciendo que la fuga actúe y cree. Bajo las consignas hay contraseñas. Palabras que estarían como de paso, componentes de paso, mientras que las consignas marcan paradas, composiciones estratificadas, organizadas. La misma cosa, la misma palabra, tiene sin duda esa doble naturaleza: hay que extraer la una de la otra –transformar las composiciones de orden en componentes de pasos.

---

<sup>39</sup> Cf. el detalle del texto de HOFMANSTHAL, *Lettres du voyageur à son retour* (carta del 9 de mayo de 1901), Mercure de France.